Las aguas del Mulucha ó Muluya, límite natural de la Argelia y del imperio de Marruecos, señalaron ya, segun refiere Salustio, el fin de los dominios del numida Yugurta, y el principio de la Mauritania (1). De aqui nació la alianza de Boco, rey de la Mauritania, con Yugurta, usurpador de Numidia; y el propio Salustio afirma, que antes de este suceso, ni Boco sabia del pueblo romano, mas que el nombre, ni este habia tenido noticia de aquel rey en paz ó en guerra. Boco imperaba en las partes septentrionales de Africa puestas al Occidente de Cartago y Numidia, entre el cabo de Ampelusia ó Espartel y el antedicho rio Muluya; y como en este territorio, llamado entonces Mauritania, se haya fundado mas tarde el actual imperio de Marruecos, no puede ser otro el rey de quien primero hable su historia. Bien fuera dar, sin embargo, alguna noticia de los primeros pobladores de la tierra, de sus hechos y guerras que mantuvieron; pero faltan cosas claras y seguras, y no es lugar ni ocasion esta para dilucidar otras dudosas. Baste saber que ya en los tiempos de Yugurta y de Boco, la Mauritania estaba poblada de hombres perezosos en el cultivo, cuanto sueltos y propios para andar en campo huyendo ó peleando, segun

(1) L. Sallustii. Críspi Jugurtha.

el trance y la fortuna: ginetes extremados, astutos, inquietos y despojadores de caminantes. Espectáculo ciertamente maravilloso el que ofrece lo pasado, cuando nos muestra naciones sujetas á unas propias calidades en tan largos dias y bajo el imperio de tan diversos cultos y razas. «Region de pequeña estimacion, decia ya nuestro Pomponio Mela (1), y que apenas »de ella se conoce cosa señalada: habitada de aldeas y bañada »de humildes rios; mas noble por la naturaleza de su suelo que »por el valor de sus habitadores, con su flojedad desacreditados.» Y es seguro que con leer á este y otros geógrafos é historiadores antiguos, pudo saber antes nuestro Mármol lo esencial de las costumbres de la parte de Africa que visitó tan laboriosamente, por lo mismo que lo que él nos dejó en su descripcion podria escusar muchas investigaciones despues de tres siglos. Mientras Cartago llena el mundo con su nombre, siendo teatro de tantas glorías primero, y de tan grandes desdichas al cabo; mientras el númida cruza los campos de Italia y España, peleando en Cannas ó Numancia bajo tan distintas banderas, de Mauritania y sus hijos nadie oye hablar, ni se curan ellos tampoco de entender en otras cosas que las suyas propias. Ni tratan siquiera con Cartago ni con España, de donde los separa tan estrecho brazo de mar. Pero tráelos el acaso á figurar en la historia, y hé aquí cómo desde los principios se muestran al mundo: no de otra suerte han solido mostrarse hasta ahora.

Boco su rey andaba empeñado en poseer cierta parte de Numidia, que juzgaba pertenecerle, segun decia, por derecho de guerra. Gobernaba aquella nacion Yugurta, casado con una hija de Boco; hombre no menos astuto que ambicioso, dotado tambien de gran constancia, y muy esforzado por su persona. A este movieron guerra los romanos para castigar la usurpacion del trono, que con muerte de dos sobrinos suyos habia conseguido. Estando la guerra tan vecina de sus estados, no tardó el mauritano en enviar embajadores á Roma, los cuales

(1) Pomponio Mela, traducido por Gonzalez de Salas.—Sancha, 1789.

no quiso recibir el Senado, quedando por averiguar su intento, y Yugurta, que acaso habia logrado con oro y promesas el que en Roma, ya venal y corrompida, no fueran recibidos los enviados de Boco, comenzó entonces á procurar la amistad y alianza de este con gran empeño. Obtuvo una y otra, no sin obligarse antes á ceder á Boco, como la tercera parte del territorio de Numidia; pero la extremidad en que Metelo, y luego Mario, traian puesto á Yugurta, pedia tanto sacrificio. Acude, pues, el mauritano en ayuda de su yerno, y enciéndese la guerra con mayor ímpetu que nunca, juntas las fuerzas de entrambos. Durante ella hubo ocasion en que los caballos moros y getulios (1) de Boco pusieron á punto de rota el campo romano: peleóse tambien con gran coraje no lejos de la ciudad de Cirta, distinguiéndose entre todos, los pelotones ó grupos de mauritanos, que tal era su ordenanza; mas todo fué inútil para quebrantar la disciplina de las cohortes y el valor y fortuna de Mario. Entonces Boco, vencido, pidió la paz á Roma. Discnlpaba sus hechos con el menosprecio mostrado á sus embajadores, y con que los romanos hubiesen invadido aquella parte de Numidia que se habia acostumbrado á mirar como propia. Era sobrado importante la amistad de aquel rey para que Roma no cuídara de adquirirla; y Yugurta, que en ella cifraba toda su esperanza, no habia de perdonar cosa alguna para conservarla. Hubo, por lo mismo, largos tratos de una parte y de otra, inclinándose Boco, ahora al partido de su yerno, luego al de Roma; ganando Sila, mensajero de esta, y Yugurta, á sus favoritos y confidentes. Solicitaban entrambos de Boco igual perfidia: el uno que poniendo preso á Sila, se lo entregase; el otro que llamando á Yugurta amistosamente, lo pusiese aherrojado en poder de la república. Tanto dudó el mauritano entre Sila y Yugurta, que la noche antes de ejecutar su postrera resolucion, dicen que se puso á discurrir consigo, mudando de color y semblante, con diversos movimientos de cuerpo y áni-

(1) De estos Getulios ó Gétulos descienden las gentes de Chazula ó Gazules, conocidos on nuestra historia.

mo, mostrando, aunque callaba, con las mudanzas del rostro lo vario de sus pensamientos. Pero al fin venció Sila, y á la mañana siguiente, cuando el númida desarmado llegaba á verse con su suegro y aliado, fué preso por soldados que este habia puesto en celada, y entregado á Roma, que le castigó con muerte horrible. Boco alcanzó por este hecho la tercera parte de Numidia, y desde entonces las fronteras de su imperio se extendieron hasta el rio Ampsagas. Antes que flaqueza ó inhabilidad, ha de verse en la conducta del rey mauritano, y en sus dudas y alternativas mudanzas, un propósito constante y una política tan acertada como infame. Propuesto á ganar territorio, juzgó que era el momento de conseguirlo aquel en que su deudo Yugurta andaba revuelto en guerra tan cruda, vendiendo su alianza al de los competidores que tal precio le ofreciera. Con tal intento envió acaso su primera embajada á Roma; por haberlo conseguido de Yugurta le ayudó mas tarde en la campaña, y Sila no logró acarrearlo á traicion tan negra sin ofrecerle igual precio. Lo que dudaba era acaso quién seria mejor pagador, y no erró el cálculo por cierto; que Roma le dió largamente lo prometido.

Si sobre Boco hemos estendido por demas el relato, merced á las noticias que nos dejó Salustio, los hechos de sus sucesores son oscurísimos para todos. En la guerra yugurtina aparece un hijo de aquel rey llamado Volux, el cual mandaba la infantería mora en la jornada de Cirta, y sirvió de escolta á Sila en uno de sus mensajes. Pero la historia nada dice luego de este Volux, encontrándonos, por el contrario, al investigar las cosas de Mauritania, con los nombres de Bogud y de Boco. No está bien claro, á nuestro parecer, si estas son variaciones de un propio nombre y de un mismo soberano sucesor del viejo Boco, ó si, muerto Volux sin reinar, heredó un nuevo Boco ó Bogud el trono de su padre; ni siquiera si estos últimos son nombres de dos hermanos que se repartieron el dominio de la Mauritania. Escritores muy respetables en nuestros dias siguen esta última opinion, señalando al uno con el nombre de Boco II, la parte oriental, y al otro, con el de Bogud, la parte oc-

cidental de aquella region. Ello es de todas suertes que la monarquía mauritana no fué mas desconocida para Roma. Hircio refiere (1) que durante la guerra de Africa entre pompeyanos y cesarianos, navegó Ceneius Pompeyo hácia las costas de Mauritania por consejo de Caton, y llegando á ellas con treinta bajeles y dos mil hombres, levantados de entre los esclavos fugitivos y los malhechores de la república, invadió los Estados del rey Bogud, que estaba á la parte de César. Pero habiendo peleado con poca fortuna delante de los muros de Ascurum con los moradores de la tierra, fué rota su hueste, y obligado á refugiarse en sus naves. El propio Hircio narra en otra ocasion, que Bogud, ó segun otros copistas, Boccus, entró con el cónsul Sitius en los Estados de Juba, rey de Numidia, mientras este se apartaba de ellos por ir á ayudar á Scipion contra César: que fué poderosa diversion, porque el númida se vió forzado á dejar la empresa, tornando precipitadamente á defender sus tierras. Hállanse tambien en las reliquias de algunos libros de Tito Livio confusas noticias sobre empresas y peligros de Bogud, y sobre sus tratos con Casio, que mandaba la armada de Pompeyo; pero lo cierto es que, acabadas las guerras civiles, la Mauritania aparece gobernada, como la Numidia, por Juba, hijo de aquel famoso enemigo de César, y por su hijo Tolomeo, aliados ambos de Roma, fundándose al parecer el cambio de partido en los favores que uno y otro debieron á Augusto.

En tiempo de este Tolomeo, aconteció el levantamiento y guerras africanas que Tácito tan por menor relata. Fué el caso que un númida, llamado Tacfarinas, hombre de gran corazon y de no escasas artes, prevalido de la flojedad del rey Juba y de lo dados que son aquellos naturales al latrocinio y á la guerra de asaltos y escaramuzas, levantó hueste crecida y acometió las provincias romanas colindantes, señaladamente la cartaginesa. Llamábase capitan de los musulanos, gente vigorosa, vecina á los desiertos de Africa, no acostumbrada á

---

(1) Auli Hircii, de Bello Hispaniensi.

poblar ciudades; y logró que á la fama de sus hechos se juntaran con él los moros cercanos, con un capitan llamado Mazipa. Furio Camilo, procónsul de Africa, los derrotó en un combate, pero en vano; al año siguiente Tacfarinas arruinó villas é hizo grandes presas, sitiando al fin junto al rio Págida una cohorte romana gobernada por Decio, valentísimo soldado, el cual herido, y perdido un ojo, mostrábase fiero todavía al enemigo, no cesando de pelear hasta que dejó la vida; pero no pudo evitar tanto esfuerzo la rota de su gente. Más fortuna alcanzaron Lucio Apronio y su hijo, obligando á Tacfarinas á refugiarse en los desiertos, y el caudillo númida no cesó por eso en sus correrías, antes bien llevó su audacia hasta el punto de enviar embajadores á Tiberio, pidiéndole que le diese tierras en aquella provincia para poblar él y su ejército y amenazándole, si no lo hacia, con perpétua guerra. Tiberio sintió mucho la afrenta, y encomendó á Junio Bleso, soldado de cuenta, aquella empresa. Este comprendió claramente la naturaleza de la guerra, y tomó medidas eficacísimas para acabarla. Ello era que Tacfarinas recibia ayuda de los pueblos marítimos en armas y pertrechos, y que contaba con el amor de los moradores y con la soltura y sobriedad de sus soldados, que repartidos en ligeras compañías, corrian toda la tierra, burlando fácilmente la persecucion del ejército romano. Bleso repartió su gente en escuadrones sueltos, y ocupó y fortaleció multitud de lugares y todos los desfiladeros y puntos importantes, y con esto logró tanto, que preso un hermano de Tacfarinas, y desbandados sus parciales, estuvo á punto de terminarse la guerra (1).

Pero Bleso, satisfecho con sus triunfos, no pensó en rematar al contrario, y Tacfarinas volvió á mantener de nuevo el campo. Veianse ya en Roma, dice el severo Tácito, nada menos que tres estátuas laureadas, y Tacfarinas andaba robando la provincia de Africa, ¡cada vez mas acrecentado y con mas

(1) Véase la relacion de esta guerra en Tácito. — Anales, lib. 1.º— He seguido en muchas frases la traduccion de D. Cárlos Coloma.

ayuda de los moros. Estos, con efecto, acudian en gran número á servir al caudillo númida, juntándose quizás con su ordinario amor á los asaltos y correrías algun odio y mala voluntad contra la familia de Juba, que los gobernaba. El procónsul Dolabela acabó, en fin, con Tacfarinas, matándole á él y á su hijo en una sorpresa; pero no consiguió tal triunfo sin obtener la ayuda del rey Tolomeo, que hasta entonces permaneciera impasible. Obligáronle los romanos á mostrarse en campo y salir con ellos contra Tacfarinas: iban los escuadrones guiados por tropas de moros fieles al rey, y de esta suerte se logró la sorpresa que puso término á la porfiada guerra. Tolomeo recibió, en pago de su buena voluntad y servicios, el cetro de marfil y la toga de púrpura bordada en oro, antiguos dones de los senadores romanos, con título de rey, de compañero y de amigo.

El infeliz Tolomeo no gozó por mucho tiempo de tales honras, Calígula, sucesor de Tiberio, le invitó á venir á Roma con palabras de amistad, mandándole matar luego cuando asistia á los juegos del circo. Aconteció esto el año 39 de nuestra Era. Con la muerte de Tolomeo sobrevinieron grandes guerras en Mauritania y en las provincias colindantes, movidas por sus libertos y amigos y por los mismos naturales, que no querian sufrir la dominacion romana. Porque á la verdad, Calígula, muerto el rey, no pensaba en otra cosa que en juntar bajo su mano aquel dominio, repartiendo la Mauritania en dos provincias, Tingitana y Cesariense: la una, que comprendiese los antiguos estados de Boco, á la ribera occidental del Muluya, y la otra, el territorio que ganó aquel rey con sus artes desde el Muluya hasta el rio Ampsagas. Fueron varios los sucesos y hostilidades. Neío Sidio Geta puso término á ellas, venciendo y hostigando luego á los mauritanos hasta dentro de los arenales del desierto: alli hubiera perecido con toda su gente, sin una lluvia repentina, que los naturales tuvieron por prodigio, lo cual fué de mucho efecto para la paz. Desde entonces contó Roma entre sus provincias la Mauritania, tomando parte los naturales en las guerras civiles del

Imperio y en no pocas estranjeras y lejanas. Zosimo, por ejemplo, refiere que ginetes moros ayudaron eficacísimamente á Aureliano contra Zenobia.

Mas no por eso ha de juzgarse que dominaron completamente aquel territorio los emperadores. Aconteció en tiempo del bárbaro Maximino que Gordiano, procónsul de Africa, aunque octogenario, tomó, á instancia de los de Cartago, las insignias imperiales. Un senador, llamado Capeliano, que gobernaba á la sazon en Numidia, no prestándose á tal novedad, marchó contra él y lo venció facilísimamente, á pesar de la multitud de sus armados. Herodiano (1) esplica lo fácil de esta victoria, diciendo que el ejército de Capeliano se mantenia en aquella frontera para impedir las correrías de los bárbaros vecinos, y que sus soldados llevaban mucha ventaja á los contrarios en lo experimentados y aguerridos, por los combates que diariamente sostenian contra los moros. Tal frontera no podia ser otra que la Mauritania, dado que el historiador griego claramente dice que eran moros los bárbaros que refrenaba el ejército allí acampado. Sin duda no poseian mas que las ciudades marítimas y algunos puntos importantes del interior los romanos. De todas suertes, es cierto que no hubo mas príncipes soberanos en aquellas partes hasta la invasion de los vándalos, y que en tiempo de Othon, la Mauritania llamada Tingitana, recibió el nombre de España Transfretana y tambien Tingitana por su capital Tingis, hoy Tánger, quedando agregada á la provincia Bética y al convento jurídico de Cádiz. Verdad es que luego mas tarde tuvo tambien la España Transfretana convento jurídico propio. Pero en el ínterin las relaciones y tratos, tan escasos antes, de los españoles y mauritanos, debieron ser grandes los años adelante con semejante dependencia. Y es que Roma no tardó en compren-

(1) Lo mismo en Herodiano en la historia del Imperio, desde Marco Aurelio en adelante, que en Zosimo y en todos los historiadores de segundo órden de Roma, se hallan otros detalles insignificantes de que no parece necesario hacer mencion alguna.

der, con su ordinario instinto y acierto, que la frontera natural de España por la parte del Mediodia no es el canal angostísimo que junta los dos mares, sino la cordillera del Atlas, contrapuesta al Pirineo.

II.

Roma cayó: consumióse en guerras tan largas la sangre del pueblo, y los tiranos y los hijos de los esclavos se desgarraron despues en civiles contiendas: más valian que el mundo conquistado, los ciudadanos que dió Roma á cambio de él. Llegaron los emperadores, y si alguna sangre generosa quedaba alli, esa corrió en los baños calientes que Tácito describe, donde los ciudadanos frecuentemente la dejaban ir por librarse de verdugos. Los máximos y divos pontífices, los sucesores de los cónsules, dueños de la tierra, dieron pasto vil en sus personas á la lujuria de los esclavos, sirviendo como de mujeres, y en tanto Lydias y Cyntias, menospreciadas, distraian sus horas de abandono en el circo sangriento. Pero otro es nuestro propósito: aquel espectáculo, miserablemente grande, nos llevaba á olvidarlo. Ello es que la justicia de Dios fué sobre Roma. Enjambres de bárbaros, salidos de todas las partes del mundo, se ponen á un tiempo en camino: todos marchan contra Roma, ninguno sabe porqué; pero una especie de inspiracion, de poder sobrenatural los guia. Alárico llega delante de la ciudad imperial, retírase, vuelve, torna como dudoso, y al fin cae sobre ella y la saquea: aquello sí que estaba escrito.

Godos, vándalos, suevos, francos, hérulos, sajones y alanos vinieron al Mediodia: todos apagaban la sed en el cráneo del vencido: tropezar y romper, hollar y destruir eran

cosas comunes en ellos. Pero diferenciábanse en algo: que los godos, si pérfidos, eran castos: y los alemanes, aunque no pérfidos, preciábanse de lujuriosos; los francos eran embusteros, pero hospitalarios; los sajones cruelísimos, pero castos; y castos eran los vándalos tambien, aunque mas que ningunos otros feroces. De estos era rey Gezericho ó Genserico, hombre de mediana estatura, y cojo á causa de una caida; pero de comprension profunda, corto en palabras, enemigo de lujuria, en ira ardiente, habilísimo en buscar alianzas, práctico en sembrar discordias y levantar rencores (1). Este, despues de devastar varias provincias de las Galias y España, se fijó en la Bética con sus vándalos, la cual tomó entonces el nombre de Andalucía. Desde las costas españolas miraba sin duda con envidia aquel conquistador la playa vecina del Africa, aprendiendo de los romanos ó de su propia sagacidad lo que la Providencia le guardaba en aquella tierra. A dicha sucedió entonces que el conde Bonifacio, gobernador de la provincia, quejoso de Placidia, que gobernaba el imperio por su hijo Valentiniano, se alzase contra ella y demandase el auxilo de los vándalos, ofreciéndoles en pago la tercera parte del territorio. No se dejó esperar Genserico en Africa, sino que aprovechando la ocasion, desembarcó allá con ochenta mil combatientes y se apoderó de todo, sin que el propio Bonifacio, reconciliado ya con Placidia, lograse tornarlo á España: merecido castigo para el que imprudente llama poder estranjero á componer discordias en su patria. Así fué como los vándalos fundaron su imperio en Cartago, Numidia y Mauritania. Genserico, no contento con tales conquistas, asoló con sus naves las costas del Mediterráneo; y llamado á Roma para cumplir otra venganza, remató la obra de Alarico, poniendo por tierra los restos de la grandeza imperial y trayendo riquísimos despojos para sí. Sabido es que al dejar el puerto de Cartago para una de sus espediciones, le preguntó el piloto contra quién

---

(1) Este retrato y la mayor parte de los hechos que siguen están tomados en *Jornandes De Getarum sive Gothorum origine et rebus gestis.*

habia de encaminarle: «Contra aquellos, dijo el bárbaro, que merezcan la ira de Dios.» Con la fortuna de sus empresas y las altas dotes y calidades que poseia, Genserico logró afirmar su dominacion en Africa y gobernarla sin contradicion por muchos años. A Basiliscus ó Basílides, general romano que habia venido contra él y estaba á punto de tomar á Cartago, lo apartó de su propósito con suma de dineros: de suerte que aquel se volvió con su armada á oriente sin otro efecto. Y para distraer de semejantes empresas al emperador Leon, que mostraba mas aliento que sus predecesores, concitó contra él á Eurico, rey de los visigodos; el cual, cediendo á los ruegos y ricos presentes del vándalo, atacó al imperio, apoderándose de Arles y de Marsella. Al propio tiempo tuvo maña para mover á los ostrogodos á que asolaran el oriente, por manera que no volviesen mas contra él los emperadores. En otra ocasion, temiendo que Teodorico quisiese vengar en él cierta injuria horrible que su hijo Hunnerico, casado con una hija de aquel rey, habia inferido á su esposa, envió presentes de gran valor á Atila con embajadores que lo indujeran á entrar en las tierras que ocupaban los visigodos. Y por cierto que Genserico logró su intento y que el formidable caudillo de los hunnos, tan conforme con él en ferocidad y astucia, dió harto que hacer á Teodorico para que pensara en vengar á su hija; de que tuvo origen aquella guerra que terminó tan gloriosamente para los visigodos en los campos cataláunicos. No fué menos hábil y afortunado para sujetar á los naturales, que pugnaban por cobrar su independencia; presos unos, muertos otros, con dádivas estos, aquellos con rigores, logró general obediencia. Sin embargo, no hay datos para creer que aquellas tribus y régulos de Mauritania, que no pudo rendir el poder romano, fueran dominados por Genserico; antes parece que la dominacion de este no pasó, como la del imperio, de las costas y de algunos lugares importantes.

Cuarenta años despues de su entrada en Africa murió Genserico. Príncipe verdaderamente grande, aunque bárbaro, y capaz de mayores empresas si mandára ejércitos tan numero-

sos como pedian los tiempos, porque á la verdad los vándalos eran de las naciones mas débiles que vinieron sobre el imperio. Hay en todos sus hechos cierta grandeza que espanta al historiador y le obliga á apartar los ojos de sus faltas. Ni Atila ni Alarico le escedieron en calidad de conquistador y de rey; antes bien supo vencer al primero en astucia, con tener tanta, y al segundo en audacia y constancia, con ser estremado en una y otra. No fué culpa suya si la monarquía que fundó en Africa no llegó á consolidarse como las de los godos y francos. Los amazirgas y bereberes que poblaban aquellas tierras diferian sobradamente de los guerreros septentrionales para que pudieran confundirse con ellos, y por otra parte, era mucho el amor á la independencia, que muchos de ellos gozaban, y otros disputaban constantemente, para que entrasen gustosos en la nueva monarquía. Otra era la situacion de España y de las Galias, completamente dominadas por los romanos, acostumbradas á la obediencia y con mayor proporcion y comodidad en sus climas para las tribus septentrionales que las ocuparon. Genserico llamó antes de morir á sus hijos, y para estorbar que el deseo del mando encendiera en ellos discordias, dispuso que se heredaran unos á otros y de mayor á menor. Por estraña que parezca esta manera de sucesion, ello es que el imperio de los vándalos se libertó con él de guerras civiles por algun tiempo. A Genserico sucedió Hunnerico, á este Gundamundo ó Gundarbando, y luego Trasamundo. Las historias nos pintan á estos reyes solamente ocupados en apagar las insurrecciones que encendía el deseo de independencia en los naturales, y en perseguir, como arrianos que eran, á los católicos. Tras ellos vino Hilderico, hijo de Hunnerico, que fué harto inferior á sus antecesores. Gelimer, su primo, capitan esforzado, sin cuidarse de lo mandado por el abuelo, se levantó contra él y le dió muerte, apoderándose del trono. Andaba el poder romano un tanto pujante aquellos dias por el valor y fortuna de Belisario, al cual, oida la traicion de Gelimer, mandó el emperador Justiniano que fuese á castigarla. De cierto debe contarse este castigo como pretesto del romano para ejecutar una empresa

que acaso muy de antemano meditaba. Belisario desembarcó en Africa, derrotó á Gelimer, y cargado de cadenas, lo llevó á Constantinopla, donde murió de remordimiento y por no poder sufrir la vida particular á que quedó reducido. Cubrióse de gloria en esta conquista el general bizantino, que bien puede ser reputado como el último de su nacion. Ni el imperio logró mas prosperidades los años adelante; aquello fué un relámpago que alumbró, tronando, sus escombros. El espectáculo de la persecucion que padeció mas tarde Belisario por aquella pátria ingrata, despues de tantos servicios y victorias, es ciertamente de los mas tristes y odiosos que presenta la historia. Nada habia adelantado el imperio con cambiar de metrópoli; desapareció la autoridad del nombre, y quedó la vileza de los últimos dias de Roma. Constantinopla, si no fué heredera de tanta gloria, lo fué de tantos escándalos y crímenes.

Terminado en tanto en Africa el poderío y dominacion de los reyes vándalos, herederos de Genserico, que duró cerca de cien años, la Mauritania Tingitana volvió á entrar en el imperio con las provincias limítrofes que antes, como ella, obedecian á los vándalos.

Mas no faltaron guerras en los años sucesivos. Un soldado de miserable condicion, llamado Stozas, se alzó contra Salomon, que mandaba en Africa por Justiniano, y usurpó el poder supremo. Salomon tuvo que huir, y entre tanto aquel rebelde hacia matar á los principales capitanes y caballeros romanos, y devastaba el territorio. A punto llegaron las cosas que Belisario hubo de tornar con ejército formado para vencer á los rebeldes; consiguiólo efectivamente, mas no por eso mejoraron las cosas (1). Dias adelante dejó la vida Salomon en manos de los mauritanos, levantados de nuevo en rebeldía. Sobrevenida discordia entre ellos, Stozas y otro de los caudillos, llamado el conde Juan, en quien antes confiara mucho Belisario, se encuentran en singular combate, y ambos quedan en el cam-

(1) De estos sucesos trata menudamente Procopio en la *Guerra de Justiniano contra los vándalos,* uno de sus mas curiosos libros.

po: otro Juan, llamado Stozas el jóven, usurpó en seguida la autoridad y gobierno con ayuda de Gunthar, general romano, aunque manifiestamente de orígen bárbaro, y un cierto Artaban, arsacida de orígen, dió muerte á este en un festin, y al usurpador Juan lo envió á Constantinopla, donde murió en vil suplicio.

Entonces vino á mandar en Africa el patricio Juan, apellidado Troglita en quien depositaban los emperadores gran confianza. Logró al principio este capitan grandes efectos, porque introduciendo la discordia entre los moros, logró que unos le ayudasen á sujetar á los otros; castigó con pena de muerte en un solo dia á diez y siete prefectos, y así, con el rigor y las artes de la política, consigió poner en paz el territorio. Ignórase si tales servicios los hizo más por interés propio que no en beneficio del imperio, porque á la verdad no mucho tiempo despues quiso levantarse en aquellas partes por soberano, y solo debió la vida á la piedad del emperador despues de descubierto su propósito. Pero los años adelante se conservó la paz, y como por aquel mismo tiempo sucedió que los romanos recuperasen, por tratos con los godos, algunas plazas marítimas del Mediodia de España, regian en ellas lo mismo que en las fronterizas de la Mauritania, los gobernadores imperiales de Africa.

Así continuaron las cosas por muchos años, hasta que Sisebuto y Suintila arrojaron de las plazas marítimas que poseian del lado acá del estrecho á los romanos, ó mas bien greco-bizantinos, puesto que dependian del imperio de Oriente. Ocurrióseles al punto pasar al litoral de Africa y ganar tambien las plazas sujetas á aquel dominio, para completar su conquista; y aunque se ignora el tiempo en que lo ejecutaron, las hazañas que hicieron y el espacio que señorearon, ello es seguro que los príncipes españoles ganaron y poseyeron muchas plazas y tierras importantes en la costa mauritana, contándose entre ellas Tánger y Ceuta. Hay otras muy principales que se cuentan como de fundacion hispano-goda.

Triste era en tanto la situacion de aquellos desdichados

gobernadores del imperio, puestos entre los ataques de los reyes de España, las insurrecciones de los naturales, siempre deseosos de sacudir el yugo, y lo que es mas todavía, la violencia de las irrupciones con que ya los árabes amenazaban apoderarse de toda el Africa, como se habian apoderado de las regiones mas florecientes del Asia. En este punto, mas que falta de noticias, se siente tanta contrariedad y confusion que es imposible determinar á punto fijo la mayor parte de los hechos. Luis del Mármol, laboriosísimo investigador de estas cosas, dice (1) que á mediados del siglo VII, mandando en Africa por los romanos Gregorio patricio, los godos, con ayuda de los africanos, llegaron á apoderarse de mucha parte de Berberia. Mientras esto pasaba por una parte, entraron los árabes por el desierto de Barca con ochenta mil combatientes, y vencieron á Gregorío junto á Caruam (ó mejor Cairowan). Muchos árabes volvieron á su patria despues de esta conquista, pero otros se establecieron en tierra de Túnez, mandándoles el califa que no atacaran los lugares marítimos, ocupados por los romanos, porque habia tratos entre él y el emperador Constantino II, que le obligaban á la paz. Gregorio volvió con armada al cabo de algun tiempo, y recuperó á Cartago, pero fué obligado á abandonarla de nuevo. Al fin despues de muchas vicisitudes y conquistas, ocuparon los árabes todo el Africa-greco-bizantina, «hasta llegar, dice Mármol, á la ciudad de Constantina y hasta las Mauritanias, donde pusieron la frontera contra los godos, que poseian los lugares marítimos de la costa Occidental y algunas ciudades y provincias de la tierra adentro.» (2)

III.

Llegamos ya á la conquista de Mauritania por los árabes; suceso el mas influyente y de mayor importancia que haya acontecido en aquella tierra. El mundo estaba ensangrentán-

(1) Véase la *Descripcion de Africa.*
(2) Idem.

dose por primera vez en una guerra religiosa. Los antiguos medos y persas, los griegos y romanos, los godos y vándalos, pelearon siempre por defender ó conquistar territorios por ambicion ó rapacidad de sus caudillos; y los mismos judíos ántes lidiaron por destruir razas enemigas, que no por esparcir su fé. Mahoma ó Mohammed-ben-Abdallah, nacido en la Meca por los años 571 de Jesucristo, y en medio de una tribu flaca y desconocida, fué el primer hombre que enseñando una doctrina, desenvainó la espada para sostenerla, confundiendo la conversion con la conquista, y predicando la *guerra santa.* Vióse entonces cuánto supera el espíritu religioso á la ambicion, la codicia, la gloria y todas las otras pasiones, para esforzar el ánimo y levantarlo á grandes empresas. Y es que la eternidad es inmensa, cuanto breve la vida; y el hombre, cuando le ofrecen dones en una ú otra, los prefiere en la segunda naturalmente. Al grito de no hay mas Dios sino Dios, y Mohammed es su profeta, (1) cayeron las fortalezas de la Siria y la Persia, tembló Constantinopla, el Egipto sucumbió, abrieron sus puertas las ricas ciudades del Africa cartaginesa. El imperio de los califas vicarios de Mahoma, era ya á principios del siglo VIII el mas extendido y mas poderoso de la tierra. Y tales maravillas no las habian ejecutado ejércitos imperiales ni naciones numerosas, sino algunos aventureros oscuros guiando tribus hasta entonces, por lo insignificantes, olvidadas (2).

Hasan-ben-Annoman, enviado por el califa Abdelmeli á rematar la conquista de Africa con cuarenta mil soldados escogidos, habia llevado á cabo con gran fortuna muchas empre-

---

(1) La traduccion literal de esta frase es: «no hay mas Dios que Allah (es decir el Dios por escelencia, el Dios que adoran los árabes) y Mahoma es su mensagero.»

(2) Estos hechos están estractados de las historias generales de los árabes. En la escritura de los nombres durante todo el período que sigue he seguido las indicaciones del aplicado orientalista D. Francisco Javier Simonet.

sas, y se juzgaba ya dueño de toda la tierra hasta el cabo Espartel y el mar Océano. Una muger detuvo sus pasos delante de la frontera tingitana. Su nombre era Dhabha; pero los árabes, mirando sus hechos extraordinarios, comenzaron á llamarla Cahina, que es tanto como decir, hechicera. Aquella muger andaba en reputacion de santa ó adivina entre algunas tríbus africanas, y con tal pretesto pudo juntar ejércitos de moros y bereberes, con los cuales derrotó al emir Hasan, obligándole á retirarse hácia las fronteras de Egipto. Tras esto llamó á consejo á sus capitanes y les dijo: «Los enemigos no »cejan hoy sino para venir mañana mas poderosos. La opulen»cia de nuestras ciudades, los tesoros de nuestras arcas, las jo»yas de nuestros vestidos, los frutos de nuestros huertos, las »flores de nuestros jardines, las mieses de nuestros campos, los »estan invitando al robo y á la conquista. Caigan, pues, las ciu»dades, vuelvan los metales y pedrerias á la tierra que los pro»dujo, talemos los frutos, las flores, las mieses, y levantare»mos muros de espanto y de miseria que el árabe no pase ja»mas.» La heroina no conocia á aquellos conquistadores; ignoraba que venian movidos por resorte tal como el fanatismo religioso. No tardaron en volver: las huestes de Cahina fueron rotas después de una sangrienta pelea, y la muger santa, como era llamada de los suyos, cayó en poder del vencedor. Propúsola el emir Hasan las ordinarias condiciones de los conquistadores muslimes: creer en Dios y en Mahoma, ó pagar tributo. Negóse á uno y otro la esforzada Cahina, y fué decapitada, llevando aquel su cabeza por trofeo á la corte del Califa. Con este triunfo quedó llano el camino á los invasores para entrar en la Mauritania Tingitana. En tanto depuesto Hassan, vino á proseguir la conquista Muza-ben-Nosseir, hombre en años, pero activo y vigoroso, de noble presencia, y tan cuidadoso de sí, que al decir de las historias, traia siempre cuidadosamente teñidas la barba y el cabello que la larga edad encanecia. No hay acaso personaje mas importante en la historia de Marruecos. Afable con unos, con otros magnífico; constante en la adversidad y modesto en la victoria, valiente

y sagaz á maravilla, nos le pintan las tradiciones árabes, y tal debió de ser si hemos de juzgar por sus hechos. Al rumor de la novedad un bereber llamado Warkattaf, levantó banderas y armas, pero fué vencido y obligado á meterse en las montañas, en donde á la verdad no encontró tampoco seguro refugio. Destruidos este y otros rebeldes, Muza llegó á juntar trescientos mil prisioneros y un inmenso botin. De aquí y de allá acudian en tropel á servirle árabes, siriacos, persas, coptos, y aun nómadas africanos: de suerte que reunió poderosísimo ejercito y pronto á toda empresa. Ni se contentó Muza con imperar por las armas; quiso que los naturales amaran antes que no obedecieran su gobierno. Eran algunos de ellos cristianos, otros idólatras, y el mayor número profesaba el judaismo, lo cual hacia difícil tal intento. Pero el caudillo árabe comenzó por hacer creer á los suyos y á los naturales que procedian de un mismo tronco, como originarios unos y otros del Asia, llamando á estos hijos de los árabes; y repartiendo con igualdad sus dones y observando estricta justicia, logró que los vencidos fueran convirtiéndose al islamismo y confundiendo sus intereses con los de sus conquistadores. Verdad es que nunca hubo pueblos mas conformes en costumbres que los árabes y bereberes, nómadas estos y aquellos, ligeros y dados igualmente á la rapiña y á la guerra. Mas fué grande acierto el del caudillo, que conoció y supo aprovechar tales elementos, venciendo los árduos obstáculos que ofrecía de todas suertes su propósito. Puestas en órden las cosas de aquellas provincias, determinó Muza pasar la frontera de la Mauritania Tingitana y rematar la conquista de la tierra. Salió á contrastar su furia el conde D. Julian (tan famoso en la historia de España), que gobernaba por los godos en aquellas partes; y juntas las fuerzas pelearon valientemente en varias ocasiones. Al fin los godos, no pudiendo resistir al número de sus contrarios, dejaron el campo y se encerraron en las ciudades: Muza se apoderó de Tánger, que era una de las principales, y luego de otras varias, hasta reducir el imperio godo en Africa al recinto fortísimo de Ceuta.

El conde D. Julian se defendió allí tan bravamente, que el árabe, dando por terminada la conquista, hubo de retirarse á Cairowan, capital de su gobierno, dejando encomendado el bloqueo de la plaza, que estaba seguro de rendir tarde ó temprano, si no por armas, por hambre, á su hijo Merwan, y el mando de Tánger y las cercanías á Taric-ben-Zeiad, capitan veterano á quien amaba mucho, y del cual hacia gran cuenta. Así pasó algun tiempo, durante el cual los bereberes de aquende el Mulaya fueron imitando el ejemplo de sus hermanos de allende el rio, y abrazando el islamismo. Los tristes godos en tanto, no pudiendo encerrar sus personas y bienes dentro de los estrechos muros de Ceuta, iban dejando la tierra de Africa, que fué por tanto tiempo de sus padres, y abandonando sus labores y hogares. Ninguno de ellos apostató de su nacion y fé: pobres y desvalidos, prefirieron morir libres, aunque pobres, en España, que no vivir ricos debajo del brazo extranjero. No sabian ellos que aun allí habian de perseguirlos los jinetes de Musa; que Dios había estampado un sello de esclavitud sobre su raza, que, sin ocho siglos de guerra y de sangre, no habia de ser borrado.

Desde entonces quedó sin contraste en poder de los árabes el Africa septentrional. Por primera vez formaba una nacion aquella gente, desapareciendo las inmemoriales contiendas de familia y de raza que la habian hecho impotente hasta entonces. Los antiguos amazirgas y xiloes y las tribus tan opuestas llamadas en España de gomeles, mazamudas, zenetes y otras, comenzaron á mirarse como hermanas, ya que no perdieron del todo sus diversas tradiciones y costumbres. Los guerreros árabes avecindados en el suelo conquistado, y las muchas familias del Asia y del Egipto, atraidas en Africa por las victorias, servian de lazo entre las ramas diferentes de la poblacion antigua, concertándolas y juntándolas en un punto. Musa-ben-Nesseir, como hombre de tan altos pensamientos, no bien miró pacífica el Africa, puso sus ojos desde sus orillas en las de España, determinándose á ganarla para que fuera una con su gobierno. Genzerico habia sentido en la opuesta arena los mi

mos pensamientos tres siglos antes. Y lo singular es que entrambos conquistadores, el vándalo y el árabe, este para pasar á España, y aquel para invadir el Africa, hallaron unos mismos medios é idénticas personas que les sirviesen. Un cierto conde Bonifacio, gobernador romano en Tingitania, movido de resentimientos particulares, entregó las provincias africanas á Genzerico, y ahora otro conde llamado Julian, que gobernaba la misma provincia, y por afrenta propia tambien, abrió á Muza las puertas de España. Hemos dejado al conde D. Julian bloqueado en Ceuta por Meruam y defendiéndose bravamente: determinado luego á ejecutar su traicion, entregó la plaza á los árabes, les reveló los secretos del imperio godo, y guió sus huestes á los campos fatales de Guadalete. La hueste del Islam la formaban allí doce mil bereberes gobernados de aquel Taric-ben-Zeiad, soldado viejo, tan amigo de Muza. Mala fué la jornada para España: tanto, que no cuentan las historias del mundo otra mas desdichada. Muza-ben-Noseyr deja el Africa á la fama del triunfo, llega, invade, conquista todo el territorio hasta el Pirineo, y ya iba á traspasarlo aun mas hambriento de batallas y de gloria, cuando envidia y calumnia conjuradas lograron derribarle de la estimacion del califa; y vuelto al Asia, murió pobre y desconocido entre los de su tribu. Politico no menos hábil que capitan famoso, el cual logró en Africa que los vencidos amaran á los vencedores, y en España que los esclavos admiraran la piedad de sus dueños: cosas ambas menos famosas que singulares y grandes. Al recorrer la historia de Marruecos, el ánimo se para sin querer ante ese olvidado sepulcro, y á pesar de la diversidad de raza y la contrariedad de creencias, lo saluda con respeto.

La Mauritania Tingitana y el resto del Africa septentrional, continuaron dependiendo del imperio árabe y de los califas de Damasco por mucho tiempo. Pero á la verdad, los emires sucesores del conquistador Muza, no alcanzando su prudencia y esfuerzo, no pudieron alcanzar tampoco tan buena fortuna. Hubo, pues, largas vicisitudes en toda el Africa, pugnando los naturales por recobrar la antigua independencia, y divi-

dido ademas en cismas religiosos, que produjeron horribles contiendas. Si ha de creerse al historiador Cardonne, murieron de amazirgas, en dos batallas perdidas contra Hantdala-ben-Sofian, general del califa Yezid, treinta mil hombres en la primera, y ciento sesenta mil en la segunda. Pero no por eso dejaron los amazirgas y las otras tribus hermanas de pretender su independencia de los califas. Es de notar, sin embargo, que en estas rebeliones, antes peleaban los moros y los demás africanos por gobernar de por sí el territorio, que no por arrojar de él á la raza conquistadora. Los lazos con que árabes y moros quedaron unidos en tiempo de Muza, eran tan fuertes, que no habian de romperse jamás, ni siquiera en pensamiento. La libertad porque suspiraban ahora los africanos, era aquella misma que alcanzaron los diversos gobiernos de España, que poco á poco se fueron convirtiendo en reinos aparte; y el ejemplo les incitaba mas y mas á procurarlo, como que ya no lo veian de ejecucion imposible. Referir los trances diversos de aquella contienda, que duró hasta mediados del siglo X, no es propio de estas páginas, ni á la verdad importa mucho para la inteligencia de la historia. Ello es que al fin los africanos lograron sacudir el yugo de los califas, entrando á gobernar los aglavitas en la parte de oriente, y los edrisitas en el occidente. De estos es de quien nos toca ocuparnos; y aquí empieza verdaderamente la historia nacional de Marruecos. Pero antes de terminar este período, debemos advertir que los árabes dividieron el occidente del Africa en tres partes, llamando á la mas oriental Mogreb-el-aula, Mogreb-aal-wasat á la del centro, y Mogreb-alacsa á la mas occidental, ó Mauritania Tingitana: conviene no olvidarlo en lo sucesivo.

IV.

El sabio historiador Abu-Mohammed-Assaleh-el-Garnati, (1) en su obra intitulada «El agradable y divertido Cartas, ó có-

(1) Sigo la traduccion portuguesa de Aloura, y doy por supuesto que es el autor de esta obra quien generalmente se cree.

dice que trata de los soberanos de Mauritania y fundacion de la ciudad de Fez», dá larga cuenta de la familia y ascendientes del príncipe ó Idris, que fué quien separó aquellas provincias del califazgo, estableciéndose en ellas como rey. Mas baste saber que venia de Ali y de Fátima, llamada la perla por ser única hija del profeta, y que peleó valientemente con otros cinco hermanos suyos contra el usurpador Abu-Giafar: de la familia de los Abbásidas, en la funesta jornada de Fagg. Idris era el menor de ellos, y viendo muerto al mayor, que se nombraba Mohammad, fugitivos los otros, destruida casi toda su estirpe, y sín esperanzas de recobrar el califazgo que habia perdido, se retiró á Mauritania, pasando, no sin grave peligro, el largo camino, en compañía de su liberto Ráxid, hombre intrépido, resuelto y prudente, religioso y fiel á los descendientes del profeta. Despues de visitar várias ciudades de Mauritania sin hallar en ellas amigos ni facilidad de hacer valer su persona, Idris llegó con su compañero á la ciudad de Walila, metrópoli del país de Zarahon, á donde gobernabaAbdelmegid, el cual recibió á los fugitivos con mucho amor, hospedándolos en su propia casa, é informado de sus intentos, determinó ayudarles en ellos. Con efecto, á los seis meses de morar Ydris en Walila, en casa de Abdelmegid, siendo los principios del mes de Ramadan del año 172 de la egira, que es el 788 de nuestra era, congregó este á sus parientes y allegados y á las tribus de Auraba, que eran las mas numerosas y fuertes de Mauritania, y las comunicó el nombre y descendencia de aquel, hablándoles de su parentesco con el Profeta, de su bondad, religion y perfectas virtudes. Los congregados respondieron de consuno: «Alabemos á Dios, que aqui nos le trae y con su presencia nos honra; él es nuestro Señor y nosotros sus siervos, y por él daremos la vida. — ¿Quieres por ventura que como á rey le aclamemos?—Pues sea; que no hay en nosotros quien ponga reparo en ello: sea humilde y prontamente.» Y sin otra cosa, fué aclamado Ydris por aquellas gentes. Acudieron muchas tribus á servir al nuevo príncipe, y con ellas formó gran ejército, con el cual destruyó á

descontentos de algunas tribus, trajo otras nuevas á su obediencia, y rindió á Telemsan ó Tremecen, ciudad importantísima en aquella edad, levantando en ella mezquita y púlpito, á donde como soberano inscribió su nombre. Reparó tambien que, á pesar de las grandes conversiones logradas por el ilustre Muza-ben-Noseyr y del largo tiempo trascurrido en el dominio árabe, conservaba la tierra no pocos moradores cristianos y judios, los cuales ocupaban las gargantas del Atlas y puntos y fortalezas casi inaccesibles, y libremente practicaban sus ritos religiosos, viviendo en total independencia. Propuesto á esterminarlos, marchó contra ellos con todas sus fuerzas. La última centella del cristianismo se apagó en Africa cuando Ydris, muertos ó cautivos aquellos fieles, arrasó los lugares que ocupaban, y entre otros las fortalezas de Fandelava, Medinna, Bahalula, Colad y Guiata, donde abrigaban su pobre fortuna. Pero el principe mauritano no gozó mucho de tales triunfos. El califa Harun Arraxid, al saber los hechos del aborrecido rival, desconfiado de vencerle por armas, apeló, para acabar con él, á una maldad horrible, que fué enviar á su corte cierto hombre vil y mañoso, llamado Suleiman, el cual, ganando primero la confianza de Edris, le envenenó con un pomo oloroso. El fiel liberto Raxid salió en persecucion del traidor, y alcanzándole al paso del Mulaya, le hirió en la cabeza y brazos; mas al fin escapó con vida de sus manos. En seguida recurrió á los régulos ó caudillos de las tribus, y les propuso que nombrasen otro rey hasta ver si de Quinza, mujer esclava que habia dejado preñada Ydris, nacia hijo varon que pudiera sucederle, y cuando no, tomar con detenimiento otro partido. Bien quisieran los naturales nombrar por rey al propio Ráxid; pero dóciles á la voz del noble anciano, determinaron esperar el parto de la esclava. De esta nació el príncipe á quien llamaron Ydris II. Los xeques, al verlo, esclamaron: «Este es un Ydris; parece que en él vive aquel otro todavia,» y al punto le juraron por su señor. En todos estos hechos mostraron los moros un candor verdaderamente primitivo. Cuéntase que el vil Suleiman ganó la con-

fianza de Ydris, porque solamente en su conversacion hallaba el príncipe las ideas cultas á que estaba acostumbrado: el ánimo simpatiza con semejante ignorancia cuando produce escenas tan patriarcales como se representaron en la proclamacion de Ydris y de su hijo.

A los once años entró á reinar el nuevo príncipe. Fué virtuoso y valiente, y edificó para capital de su imperio la gran ciudad de Fez. A este sucedió su hijo Mohammed, el cual, por consejo de aquella esclava Gunza, abuela suya, repartió entre sus hermanos los mejores gobiernos del imperio. Mal le pagaron esta generosidad dos de ellos, porque el uno, llamado Ysa, se rebeló contra él, apellidándose emperador, y el otro, por nombre Alcásim, aunque no claramente, vino á favorecer tal propósito. Tuvo Mahommed la fortuna de hallar un hermano mas agradecido que los otros, el cual, por nombre Omar, venció á los rebeldes, quitándoles los gobiernos de que habian abusado. Alcásim acabó sus dias como arrepentido, haciendo penitencia en una mezquita que edificó para el caso. Mohammed reinó con moderacion y justicia, sucediéndole su hijo Alí, tambien magnánimo y generoso. Hermano de este fué Yahya, que le heredó, por no tener hijos varones: príncipe no inferior en virtud á los anteriores, en cuyo tiempo la ciudad de Fez cobró grandes aumentos y hermosura, viniendo de todas partes muchas gentes á poblarla, y levantándose en ella la gran mezquita de Cairowan y otros edificios. A Yahya sucedió un hijo suyo del mismo nombre, pero harto desconforme en calidades. Movidos de sus liviandades, se alzaron contra él los moradores de Fez, y ó bien le mataron, que parece lo mas probable, ó bien, como el Cartas asegura, murió él de pesadumbre la noche misma en que por los amotinados fué arrojado del barrio de Cairowan, que era el principal de la ciudad, el nombrado del Andaluz, por ser residencia de muchas familias moras desterradas del califazgo de Córdoba. Este Yahya estaba casado con hija de Alí, que era hijo de aquel Omar cuya fidelidad y valor habia salvado á su hermano Mohommed de la furiosa ingratitud de otros herma-

nos. Viendo muerto al marido, Ateca, que asi se llamaba, envió á llamar á su padre, el cual, pronto en la ocasion, acudió con numerosa hueste, y vencidos los rebeldes, ocupó el trono. Pero Alí no lo disfrutó por mucho tiempo. Un árabe, natural de Huesca, en España, por nombre Abderrazzac, se alzó contra él y lo venció en campo. Entró el usurpador en Fez, y se posesionó del barrio del Andaluz; pero los del vecino, de Cairowan, cerraron sus puertas, y lejos de reconocerle por soberano, llamaron para que ocupase el trono á Yahya, hijo de Alcásim, aquel mal hermano que murió en penitencia por haberse levantado contra Mohammed, hijo de Ydris II y tercer príncipe de la dinastía. Este Yahya, que debe nombrarse el tercero, murió en una rebelion de sus vasallos, y entonces vino al imperio y gobierno de Fez otro Yahya, primo del anterior, como que era hijo de Omar y hermano de Alí. El cual fué, al decir de las historias, el mas poderoso y de mejor fama, el poseedor de mayores estados, y mas recto y generoso de los Ydrisitas; doctor en ciencias, gran observador de los preceptos del Profeta, dotado de elocuencia y claridad en la palabra, de intrepidez y firmeza en el ánimo. Conservóse en el trono de Mauritania hasta el año 315 de la egira, que es el 917 de nuestra era, en cuyo tiempo vino contra él Mosala, natural de Mequinez, como lugarteniente de Abdallah, señor entonces de la parte oriental de Africa, el cual lo derrotó en campal pelea, y poniendo luego cerco á la ciudad de Fez, donde se fortaleció, le obligó á pagar tributo y reconocer vasallaje. El infeliz Yahya vió perdida en un punto toda su grandeza, siendo reducido á obedecer los mandatos de gente estranjera, aunque de la propia religion y estirpe. Pero no pararon aqui sus azares. Un cierto Muza, xeque de la tribu de Mecnesa, anhelando por imperar, y envidioso de las virtudes y fama de Yahya, se habia juntado con Mosala para vencerle y humillarle, y no satisfecho con haberlo conseguido, meditaba continuamente su total ruina. Al fin logró que Mosala prendiese á Yahya cuando este amistosamente iba á su encuentro, y que le atormentase por

mil bárbaros modos, hasta conseguir de él que dijese donde tenia ocultos los tesoros del imperio: que acaso pintándoselos como muy grandes, y excitando con ellos su codicia, fué como Muza alcanzó del capitan africano que ejecutase alevosía tan horrenda. Yahya fué desterrado en seguida, pobre y miserable, á la parte de Arcila, y de allí al Africa oriental; pero el odioso Muza, pronto siempre en atormentar á su émulo, le asaltó en el camino, y le tuvo en hondos calabozos por espacio de veinte años; de donde el triste rey no salió sino para morir á los pocos dias en el asalto de una ciudad extraña. Entretanto gobernó el Mogreb-alacsa por algun tiempo Raihan, en nombre de los soberanos de la provincia de Yfriquia, que comprendia la parte oriental de ta tierra donde antes estuvieron Cartago y Numidia. Exasperados al fin los naturales con la dominacion extranjera, llamaron al príncipe Al-hasan, nieto de Al-cásim, el cual entrando secretamente en Fez, arrojó de allí al gobernador Raihan y se hizo aclamar por el pueblo. El primer intento del nuevo soberano fué libertar á su padre que gemia á la sazon en las prisiones de Muza, y vengar tantas afrentas como de él habia recibido su familia. Para ello juntó copioso ejército, y encontrándose con su enemigo orillas del rio llamado Vadelsicoltahen, hubo gran batalla, la cual fué muy costosa á unos y otros, aunque no sin ventaja de Al-hassan. Este, dejando sus tropas en el campo, volvió á Fez ó bien por traer de allá refuerzos, ó bien por arreglar algunas cosas del gobierno. Mas entretanto viéndole solo dentro de los muros unos de sus alcaides, de estirpe extranjera, que tenia por él las fortalezas de Fez, se resolvió á perderle, y poniéndole en cadenas expidió mensajeros á Muza, el cual llegó á la ciudad, y á pesar de la resistencia de los moradores, entró en ella con ayuda del traidor. Luego quisiera Muza que este le entregase al príncipe para matarle; mas no lo logró de él, por no consentir que se derramara sangre del Profeta, antes por libertar á Al-hassam de las iras de su émulo, le soltó una noche por la muralla, con tan poca destreza por cierto, que hubo de morir del golpe. Con lo cual el traidor alcaide no logró su intento,

antes bien excitó la cólera de Muza de tal suerte, que solo huyendo pudo salvar la vida.

Pero ello es que Muza ocupó el trono que por tan malos caminos buscaba. Hizo guerra á los Zdrisitas, y los redujo á un solo castillo, de donde no pudo arrojarlos, asi por la aspereza del sitio y fortaleza de los muros como porque los xeques y principales de Mauritania le representaron que no era justo privar de aquel único territorio y asilo á los descendientes legítimos del Profeta. Con esto Muza abrió un poco la mano en la empresa, y harto hizo en prepararse poco tiempo despues para resistir otras mayores que contra él se intentaban. Sabido es que los reyes de Mauritania ó Fez habian sido hechos tributarios de los señores del Africa oriental ó Yfriquia por Mosala en tiempo de Yahya, y con ayuda por cierto del propio Muza, que entonces imperaba. Pues luego que se vió este posesor de tales dominios, comenzó á rehuir toda dependencia, dándose por libre del tributo. A castigar tales atrevimientos vino sobre Fez un poderoso ejército de africanos al mando de Maisur, el cual obligó á Muza á abandonar sus estados y á refujiarse en el desierto, donde no muchos años despues murió miserablemente; que fué dignísimo fin de tal vida. Maisur, logrado el castigo, se volvió á Yfriquia dejando numeroso presidio en Fez para que mantuviera la obediencia. Los Zdrisitas mirando la ocasion como propicia, salieron del fortísimo castillo en que estaban guarecidos, y recobraron mucha parte de sus estados; pero no pudieron rendir á Fez, que era su capital y la ciudad mas importante del imperio. Gobernaba entonces por los Ydrisitas y como heredero de Yahya, en las tierras reconquistadas, Alcásim, nieto de aquel otro Al-cásim de penitente vida. Sucedióle su hijo Abulaix, príncipe juicioso y benigno, generoso y valiente, al decir de las historias árabes, el cual no se sintió con fuerzas para luchar con los señores de Yfrikia á pesar de tales calidades, y ni contaba con arrojarlos de la ciudad de Fez, ni con retener siquiera lo recobrado. Ofrecióse pues como tributario al califa de Córdoba, con tal que le librase de la dependencia del de Yfrikia, quizá

con propósito de valerse del uno contra el otro, que ya se contaban por émulos y mortales enemigos, quedando libre al cabo de toda sujecion y tributo. Pero el cordobés no consintió en enviar armada á Africa sin que Abulaix le entregase antes las plazas de Tánger y Ceuta, y sentó tan firmemente su planta en aquel continente, que desesperado el Zdrisita, pasó á España á la guerra santa, y en ella murió en un encuentro. Su hermano Al-hassan, que le sucedió en el imperio, fué el último de los de su raza. En los diez y seis años que reinó no tuvo un instante de reposo: encendidos cada vez mas en odio y emulacion los soberanos de Yfrikia y de Córdoba, llamados aquellos Fatimitas y estos Umeyas, hicieron á la Mauritania teatro de sus contiendas y combates. Los califas de Córdoba, dueños de Andalucía, miraban como propias las fronteras provincias de Africa, y los dominadores de la parte oriental de Mauritania no juzgaban tampoco su imperio completo si la parte occidental no poseian. El infeliz Al-hasan, incierto entre tan diversas pretensiones y tan poderosos contrarios, ora se inclinaba á un lado, ora á otro, ya favorecia al africano, ya al español, hasta que con la irresolucion perdió estados y vida. Vencieron al fin los Ben-Umeyas; y Córdoba, capital de la mejor parte de España, vino á serlo entonces del Mogreb-al-aksa ó reino de Fez.

V.

La monarquía mauritana desaparece por algun tiempo de la historia. Dos tribus poderosas se disputaban allí la supremacía aunque una y otra, prestándose á obedecer y servir á los califas de Córdoba, una se nombraba Magrawa y otra Yeferun. Era xeque de la primera Zairi-Ebn-Athia, y de la segunda Chadd-Ebn-Yala, iguales ambos en valor y nobleza. La lucha fué porfiada; pero al fin venció Zairí á su contrario, y quedó de pacífico gobernador en Mauritania, poniendo su residencia en Fez. Zairí, ó segun otros Zeirí, tuvo ocasion de servir en gran manera á los califas de Córdoba, venciendo y

sojuzgando á los poderosos señores de Ifriquia, por lo cual fué nombrado gobernador de aquellas provincias y recibió grandes honras y mercedes y el título de visir del imperio. Ensoberbecido al cabo con tantas prosperidades, quiso revelarse contra sus señores; pero fué vencido y arrojado al desierto. Su hijo Almôezz y su nieto Hamáma, harto mas prudentes que él, alcanzaron de los califas de Córdoba el gobierno del Mogreb, con completa sujecion y vasallaje. En tiempo de este continuaron las guerras civiles entre su tribu y la de los de Yeferun. Alfotuh y Aisa, ó mas bien Ysa, sus hijos, se repartieron no solo el gobierno de la provincia, sino aun la misma ciudad de Fez, mandando cada cual en uno de los dos barrios del Andaluz y Cairowan. Venció al fin Alfotuh, que fué vencido á su vez por un primo suyo apellidado Moanser, el cual imperó en Mauritania hasta que vinieron los Almoravides, fundadores de la segunda dinastía. Moanser, despues de resistirles heróicamente la entrada, desapareció de entre los suyos, y mas no pudo saberse de su fortuna. Pero entre tanto el grande imperio de los califas de Córdoba, aquel que levantó los palacios y jardines de Zahara, y fué patria de sábios tan profundos y tan inspirados poetas y guerreros tan valerosos; aquel cuya amistad solicitaban los emperadores de Constantinopla y de Alemania, y cuyo poder temian todas las naciones de la tierra, mostrábase ya por tierra, siendo, como tantos otros, ejemplo notable de la instabilidad y flaqueza de la suerte. Sin la gloriosa familia de los Ben-Umeyas se repartió en cien pedazos el imperio, y no hubo mas en adelante que confusion y decadencia entre los muslines de España. Así fué que nadie recordó mas las provincias de Africa, ni pensó en conservarlas ni defenderlas. Duró el señorío de los califas de Córdoba en Mauritania poco menos de un siglo.

VI.

Tras los califas de Córdoba vinieron á gobernar el Mogreb, los príncipes Almoravides, de cuyos principios y grandeza dan larga razon las páginas del *Cartas*, que tan cuidadosamente va siguiendo este relato. En la parte meridional de Mauritania, tocando con el gran desierto de Sahara habitaban tribus bárbaras que apenas tenian de mahometanas otra cosa que el nombre. Sabedor de tal ignorancia un cierto Abdalla-Ebn-Yasim, natural de Sús, doctísimo letrado, y movido por las exhortaciones de un peregrino de aquella tierra y de algunos de sus allegados y amigos, partió allá y predicó con gran celo y fortuna la doctrina alcoránica. Acudieron á oirle turbas innumerables de aquellas cabilas, y principalmente de las de Gudala y Lamtuna, las cuales mostraban tal fervor en su enseñanza, que Abdalla, conmovido y entusiasmado, dió en llamarles *almorábitin* (1) ó *santos*, de donde se derivó el apelativo de almoravides. Ni se contentó este con la predicacion religiosa, sino que poco á poco les fué comunicando los conocimientos y noticias que en ciencias y artes poseia. Luego los almoravides cobraron gran ambicion, y determinaron salir de sus soledades y yermos, y estenderse por el mundo; viendo con la reciente cultura cosas que no habian imaginado, y deseando otras en que no habian parado mientes jamás. Caminaron pues, formados en poderosa hueste, hácia el interior de Mauritania; y como esta estuviese á la sazon tan desvalida, porque los califas de Córdoba no podian ya acudir á ella, y por ser sobrado flacos los gobernadores ó príncipes tributarios de Fez, lograron en poco tiempo hacerse dueños de la mejor

(1) Quiere decir los que viven en las rábitas y hacen la guerra de frontera.

parte del territorio, señoreando tambien las costas y ciudades marítimas. Abu-Becr, su caudillo, viéndose en tal estado y apto para fundar una formidable potencia, determinó edificar ciudad nueva y á propósito para poner en ella su corte. Tal es el orígen de la fundacion de la gran ciudad de Marruecos, que hoy dá nombre á todo el imperio.

Pero Abu-Becr no pudo llevar á ejecucion sus altos pensamientos. Habiendo vuelto al desierto á combatir ciertas tribus enemigas de la suya, dejó encargadas las cosas del nuevo estado á su primo Yusuf-Ebn-Taxefin, el cual se dió tan buenas artes, que ganado el amor de los soldados y el respeto del pueblo, vencedor de muchas batallas y dueño de tesoros inmensos, no parecia ya posible despojarle del mando que interinamente tomara. Discreto anduvo Abu-Becr cuando al volver le cedió voluntariamente todas las tierras conquistadas en Mauritania, reservándose tan solo el gobierno de las antiguas *cabilas* y las vecindades del arenal de Sahara; que fué convertir en virtud una necesidad invencible. Yusuf se apoderó de Fez, estendiendo de una parte y consolidando de otra sus conquistas. En vano Alcásim, hijo de Moanser, quiso disputárselas; porque con su levantamiento no logró otra cosa sino que la ciudad de Fez, donde se fortaleció, fuese entrada por armas, y, muerto lo mejor de su vecindario, quedase desolada. Era Yusuf intrépido y temeroso de Alá, muy parco en la comida y de poca ostentacion en vestidos y pompas mundanas; astuto y sabio, y tan ambicioso como apto para las conquistas y el gobierno de los pueblos. Dueño ya de Mauritania, y viendo que, rendido Toledo al rey Alfonso, y amenazada Sevilla, no quedaba á los desdichados reyezuelos de España otro amparo que su alianza sin cesar implorada, determinó proseguir la ordinaria obra de los conquistadores, que es pasar el angosto estrecho, y someter á un propio cetro las fronteras orillas. No le faltó á Yusuf en esta empresa fortuna: desembarcó en la isla *Verde*, y de allí en la costa de Tarifa, y adelantándose hasta Castilla y Estremadura, venció á Alfonso VI de Castilla en la jornada de Zalaca, tomó

muchas ciudades cristianas, redujo á su obediencia los reyes moros de la tierra, y asi pudo contarse en la hora de la muerte por señor de un imperio que remataba al Norte en la ciudad de Fraga, no lejos del Pirineo, y al Sur en los montes y yermos de la Etiopía. Sucedióle su hijo Alí, príncipe dignísimo de tal padre, aunque harto menos dichoso, el cual, refrenadas ciertas conspiraciones y revueltas, pasó á España á proseguir la guerra contra los cristianos. De alli le distrajo un levantamiento que, nacido de pequeños principics, amenazaba ya terribles efectos. Causábalo cierto Mohammed Ebn Tumert, natural de Sus-alácsa y de orígen oscuro, aunque él se decia de familia árabe y descendiente del Profeta, y aun su Mahdí ó Mesias prometido. Este, habiendo abrazado con frenética fé las máximas de Abu-Hámid, filósofo de Bagdad, que predicaba el conocimiento de un solo Dios y condenaba las ordinarias costumbres de los mahometanos, pretendiendo hacerlas mas puras y santas, como fuese al propio tiempo de ánimo ambicioso y esforzado, determinó fundar imperio donde asentar y establecer su doctrina. Animóle en esta empresa el saber que Hámid, su maestro, solia decir de él en sus ausencias: «Conozco, en la fisonomía y con»tinente de ese estranjero, que el cielo le destina á fundar un »imperio: si ahora va á los confines de Mauritania, alli ha »de lograrlo sin duda alguna.» Con esto vino Mohammed á Fez, y luego á Marruecos, y predicando y á la par censurando los vicios de los reyes y xeques de la tierra, logró allegar inmenso gentío que por todas partes le seguia y le veneraba por santo. Entonces él, en recompensa de su celo, los decoró con el nombre de *almohades* ó unitarios. Alarmado el príncipe de los almoravides, Alí, le mandó salir de Marruecos, donde á la sazon estaba; mas no logró nada con eso, porque el impostor se aposentó en un cementerio, á las puertas de la ciudad, acompañado de Abdelmúmen, su discípulo, y alli acudia mayor número de gente que antes á escuchar sus preceptos y oraciones. Determinada su muerte, tampoco pudo lograrse, porque él, sabedor de tal intento, huyó hácia

las montañas del menor Atlante. Allí habitaban los mazamudas, cabilas ignorantes y belicosas, las cuales, no solamente le dieron seguro, sino que á su voz se levantaron contra los almoravides y comenzaron á guerrear con ellos. Esto fué lo que supo Alí en España, donde habia ilustrado su nombre con muchas victorias, entre otras la de Uclés, que costó la vida al infante D. Sancho; y vuelto al Africa, convirtió todas sus fuerzas contra los almohades; pero fué tanta la fortuna de estos fanáticos innovadores, que rotas en campo sus aguerridas huestes, tuvo que reducirse á defender algunas fortalezas. Ni la muerte de Mohamad el falso Madhí detuvo un punto las empresas de sus discípulos. Sucedióle en el imperio Abdelmúmen el mas querido de ellos, quien se apoderó de toda la Mauritania, y luego enviando guerreros escogidos á la parte de España, acometió las provincias que allí poseian los almoravides. Alí murió de tristeza, y su hijo Taxefin, no mas afortunado que él, aunque valerosísimo y vencedor en muchas ocasiones de cristianos, gozó poco tiempo del mando. Traíanle harto apretado los almohades en la fortaleza de Oran, y como intentara sorprender con pocos de los suyos el campo de los sitiadores, las sombras de la noche, que escogió por confidentes, lejos de favorecer su empresa, le fueron muy adversas; porque perdió el camino, y engañada con lo oscuro la mula que montaba, se despeñó por las alturas que dominan la playa. Allí, á la lengua del agua, pareció al dia siguiente Taxefin horriblemente destrozado: príncipe famoso en nuestra historia y dignísimo de otra fortuna. Con lo cual, el señorío de los almohades no encontró apenas resistencia: Fez y Marruecos cayeron en sus manos, aunque no sin largos cercos y sangrientos combates, muriendo en la última de estas plazas Ybrahin-Abú-Yshac, hijo y heredero de las infelicidades de Taxefin: Sevilla y Málaga, Córdoba y Granada, que se mantuvieron algun tiempo contrarias, al cabo dieron entrada á los tenientes de Abdelmúmen, y asi el imperio vastísimo de los almoravides vino á poder de sus enemigos los almohades. Habia durado aquel imperio ochenta y cuatro años y cesó en el de 1145 de la era cristiana.

VII.

Abdelmúmen, que puede reputarse como el fundador de la dinastía de los almohades, era hombre de prendas, como lo probaron sus hechos, habiendo subido á tan alto estado desde el taller humilde de un alfarero, que fué su padre; y cierto que sin su valor y talentos militares no habria logrado Mohammed el Mahdí establecer en el Mogreb las doctrinas que enseñaba, derrocando el poder colosal de los almoravides. Pero la historia puede acusarle con razon de muy cruel y de tan fanático en la reforma anunciada por su maestro, que entre otras cosas mandó quemar cuantos libros de versos halló en sus estados. Dueño del imperio, empleó Abdelmúmen el resto de sus dias en sosegar algunas insurrecciones de otros falsos santones ó codiciosos soldados, de las cuales no fué poco nombrada una en Ceuta, que obligó al nuevo príncipe á demoler los fortísimos muros de aquella plaza; y en sojuzgar la parte del Mogreb-el-Aula o Yfriquía, arrojando de algunas plazas marítimas de por allá á ciertos aventureros cristianos ó al rey de Sicilia, segun la version de Conde (1), que era quien las tenia ocupadas hacia algun tiempo. A lo último de su vida pensó en pasar á España á la guerra santa, y juntó para ello grandísima armada y ejército innumerable de africanos; pero la muerte atajó sus propósitos.

Realizólos su hijo Yusuf, apellidado Abú-Yacub, que le heredó en el trono, el cual ganó muchas victorias, plantando por mucho tiempo la silla de su imperio en la ciudad de Sevilla, adonde edificó gran mezquita y puente de barcas y otras obras de no menor alteza. Este logró dominar la tierra de España desde el Mediterráneo hasta el Océano, hallando solo valladar su valentía en los muros de Tarragona, Toledo y Santaren.

(1) Historia de la Dominacion de los Arabes. Tom. 2.º. cap. 41.

Hallábase delante de la última plaza cuando sus capitanes, equivocando una órden suya, ordenaron cierta noche la retirada del ejército y tomaron el camino de Sevilla. Despertó Yusuf al amanecer, y se encontró sin ejército, con pocos guardas etiopes y andaluces, y algunos servidores en su compañía. Mandó entonces levantar precipitadamente las tiendas, y ya iba á ponerse en marcha, cuando los guerreros de Santaren, apercibidos del caso, abrieron las puertas y saliendo contra él, le rodearon y acometieron por todas partes. Con todo eso, no se amilanó el rey; antes puesto delante de las mujeres que como concubinas le seguian, y alentando con la voz y con el ejemplo á los suyos, se defendió bravamente hasta obligar á los cristianos á volverse á la ciudad. La ira de ellos fué tanta, que mataron á los piés del príncipe á tres de sus mujeres; y éste tan esforzado, que postró por su mano á seis de los contrarios. Pero Yusuf no pudo loarse con la victoria, porque habiendo recibido una herida grave en el combate, murió de ella no muchos dias despues en las cercanías de las Algeciras. Asi refiere este hecho el *Cartas*, y así lo describen tambien las historias portuguesas (1) diciendo que «casi sin levantar la espada con mirarlos (á los sarracenos) »fueran vistos desamparar los cuarteles, y desamparados de »sus propios corazones correr por la campaña sin órden, con »miedo huyendo.»—Reinaba á la sazon en Portugal D. Alfonso I, con 90 años de edad, segun se supone.

Sucedió al muerto Yusuf su hijo Abú-Yusuf-Yacub, apellidado *el Vencedor*, por sus muchas victorias contra los cristianos, entre las cuales fué la principal aquella tan nombrada de Alarcos, en donde perdió Alonso VIII la flor de sus caballeros y soldados. Los historiadores árabes aseguran que Abú-Yusuf vino esta vez á España, estimulado por una carta que desde Algeciras le envió á Africa el rey Alfonso, y decia de esta manera: «Príncipe muslim: si por ventura no puedes »ó no quieres dejar esas tierras y venir á estas playas á verte

(1) Véase Faría y Soúza: Epítome de las historias portugesas.

»conmigo en el campo, envíame navios bastantes en que yo »pase allá con mis guerreros, y lograrásete el gusto de que li- »diemos como mejor te cuadre; y sea á condicion de que el »vencido se ponga con los de su nacion debajo de la ley del »vencedor.» Si esto fué así, caro pagó su reto el rey castellano. Luego murió Yusuf y le sucedió su hijo Mohammed-Annássir, á quien nuestros cronistas apellidan Mahomad el Verde. Quiso éste proseguir las conquistas de su padre, y llamando á los guerreros de las kabilas, y á cuantos hombres podian traer armas en sus estados, juntó ejército tan poderoso como otro no se habia visto jamás entre los muslimes, puesto que llega- ba á seiscientos mil combatientes de á pié y de á caballo, y con él desembarcó del Africa en España. Salieron á su en- cuentro los príncipes cristianos, coligados por el comun peli- gro que les amenazaba, y encontrándose los ejércitos en las Navas de Tolosa, tuvo lugar aquella famosísima batalla que hizo decir al *Cartas* estas melancólicas palabras: (1) «desapa- »reció la fuerza de los musulmanes de Andalucía desde aque- »lla derrota: en adelante no les quedó estandarte victorioso: »se levantó el enemigo con dominio y soberbia sobre ella: se »apoderó de lo mas de ella.» Se vé, pues, que no es tan exagerada como se ha supuesto, la relacion que hacen de esta batalla nuestros historiadores. Mahomad se retiró á Marruecos; si algun esfuerzo hubo en su corazon, lo apagó tamaño desastre: confuso, temeroso y avergonzado se encerró en su palacio, y allí dió su vida á los placeres, hasta que dos de sus servidores le privaron de ellos con un tósigo. En los principios de su reinado habia logrado refrenar algu- nas revueltas y anunciado ciertas virtudes; pero sus ulteriores desdichas y vicios deshonraron para siempre su memoria. Almostansir, su hijo, que le sucedió en el trono, vivió en pla ceres y liviandades, y murió mozo. Despues de este rey, e. imperio fué todo revueltas y parcialidades.

(1) En estas frases no sigo la traduccion de Moura sino la de Bacas Merino, que hay en un tomo de Mss. de la Academia de la Historia.

Porque como Almostansir no dejó hijos, hubiéron sus parientes de disputarse el trono. Los de Marruecos obligaron á aceptar el imperio al anciano Adelwáhed, tio suyo, hermano de su abuelo; y al propio tiempo se proclamaba por soberano en Murcia otro de sus tios, hermano de su padre, á quien llamaban Abú-Mohammed-Aládel. Sin duda con los débiles reinados de Annásir y de Almostansir, los xeques y caudillos de las kabilas habian alcanzado sobradas licencias, frisando antes en atrevimiento que no en honrada libertad su conducta. Ello es que los mismos que habian levantado por emperador de Marruecos á Abdelwahed, forzando su voluntad para que aceptase, le depusieron á los pocos dias; y no contentos con esto, le dieron muerte, prestando en seguida obediencia al príncipe Aládel ó el Justiciero, que tal significa ese nombre. Así corrió por primera vez la sangre de Abdelmúmen: funestísimo ejemplo para lo futuro. No tardó en alzarse contra Aládel un primo hermano suyo, llamado Abú-Zaid, señor de Valencia, denominado el de Baeza, por haber proclamado su rebelion en aquella plaza, el cual llamando en su socorro á los castellanos, dió harto que hacer á su adversario, puesto que derrotó en un combate á Abulalá, hermano de Aládel, que vino en contra suya. Y esta fué la primera vez, al decir de sus escritores, que llamaron los muslimes á los cristianos para emplearlos en sus contiendas civiles: señal segura, si otras faltasen, de que entonces andaba ya en decadencia su espíritu nacional, y de que su imperio no estaba lejos de total ruina. Pero si Abulalá no se habia mostrado feliz capitan en el campo, no quiso parecer mejor hermano, y al frente del ejército que mandaba se proclamó emperador. No bien lo supieron los xeques y principales de Marruecos, se levantaron contra Aládel, prendiéronle, y como se negára animosamente á reconocer á Abulalá, que era aclamado de todos por soberano, le quitaron en suplicio bárbaro la vida. Los rebeldes enviaron al punto embajadores á Abulalá, ofreciéndole el trono; pero antes que volviesen con la respuesta, arrepentidos de ello, nombraron por emperador á Yahya, hermano de Al-

mostansir, que era sin duda de los parientes de este quien mas derechos tenia al imperio. Abulalá, denominado Almamon, que se juzgaba ya seguro en él por la embajada que le habian enviado de Marruecos, sintió mucho la afrenta, y determinó mover guerra á su sobrino; mas este, que era sagaz y determinado, aunque mozo, se le adelantó enviando ejércitos á España que lo combatiesen. Duró la guerra por muchos años con varia fortuna entre ambos competidores, ora en la parte de acá, ora en la parte de allá del Estrecho; peleando por Almamon, y dándole las mas de las veces la victoria un escuadron de doce mil aventureros castellanos al mando de un capitan á quien llamaban los árabes Farro-Casil, dado que otro debia ser su nombre, y se ignora.

Al fin Almamon logró dominar en Marruecos y en la mejor parte de Mauritania, arrojando á Yahya á los desiertos, de suerte que á él debe considerársele como verdadero emperador. Era aquel príncipe natural de Málaga y hombre de prendas, pero iracundo y cruel, como lo demostraron sus hechos. El puede decirse que acabó con el imperio de los Almohades, á los cuales persiguió cruelmente; degollando á muchos de ellos y proscribiendo sus usos y leyes, á tal punto, que llegó á maldecir el nombre del falso Mahdi en el púlpito de la mezquita de Marruecos, mandando que fuesen quemados sus libros y destruida en todo lugar su memoria. Al propio tiempo protegia sobremanera á los cristianos que ayudaban sus empresas, permitiéndoles edificar iglesia dentro de la ciudad de Marruecos, y concediéndoles otras muchas preeminencias, en disfavor todas ellas del Islam y en contra de los preceptos del Profeta. En un imperio levantado á la voz de la religion por los almoravides y almohades no podian pasar tales hechos sin ruido, y asi fué que de una parte se rebeló contra Almamon su hermano Abu-Muza, fiel mahometano, en la ciudad de Ceuta, de otra se alzó con las provincias de Yfriquia un cierto Abu-Mohammed Ebn Abi Hafss, que los gobernaba, y en las de España fué aclamado como soberano independiente Mohammed-Ebn-Hud, tambien estos dos celosísimos creyentes y

observadores de la ley alcoránica. Mirando la ruina que causó la conducta de Almamon, párase el ánimo sin acertar á explicar ni comprender sus móviles. Acaso un novelista sabria representarlo como encubierto cristiano, y por consecuencia jurado enemigo del Islam; y tal ficcion pareceria mas verosímil con recordar que la muger que con él compartia el lecho de ordinario era de familia cristiana. Aunque á la verdad esto de amar á las mugeres cristianas fué tan comun entre almoravides y almohades, que de ellos nacieron los mas famosos de sus príncipes. De todas suertes es indudable que Almamon trajo grandes desdichas al islamismo; aprovechóse de ellas el glorioso San Fernando para ejecutar sus maravillosas conquistas, ahuyentando de los reinos de Sevilla, Córdoba y Murcia el imperio muslímico, y considerándole de esta manera, no puede menos de recordarlo con regocijo nuestra historia.

Muerto Almamon, le sucedió un hijo suyo apellidado Abdelowáhed Ar-raxid, al cual presentaron unos alárabes la cabeza de Yahya, asesinado en el desierto por ellos. Tras él vino su hermano Ab-l-hasan Ali, y luego uno de sus parientes llamado Abu-Hafss, y por último Abu-Dabbus, que siendo capitan famoso entre los almohades, se pasó al campo contrario, ofreciéndole á la nueva dinastía de los Benimerines la mitad del imperio si le ayudaban á ganarlo.

Y asi sucedió; pero no tardaron en originarse contiendas sobre el repartimiento de las tierras, las cuales pararon en que los Benimerines se alzasen con todo, protestando que Abu-Dabbús les negaba lo prometido. De la ambicion de los nuevos conquistadores bien puede crerse que fuera pretexto, y no otra cosa, para señorearse del imperio. Durante aquellas contiendas civiles y guerras extranjeras figuraron constantemente en los ejércitos almohadas los aventureros cristianos que habia traido Almamon de Castilla. Los hechos de aquella gente fueron maravillosos, al decir de la historia africana; su amistad era buscada y temido su nombre: su influjo tal, que solos supieron mantener aquel resto del poder de los almohades, desde Almamon hasta Abú-Dabbús, contra

enemigos tan formidables como lo combatian. Pero al fin todo cayó; y el imperio vastísimo, que contaba á un tiempo por capitales á Sevilla, Marruecos y Fez, desapareció del mundo para siempre. Aquí acaba el mejor período de la historia mauritana: el imperio del Mogreb-el-aksa, ó el Africa occidental, habia en él tocado el punto mas alto de su fama, grandeza y poderío.

VIII.

Eran los Benimerines de la mas noble tribu ó cabila de los Zenetes, su orígen árabe y habitaban los campos dilatados que se extienden al Sur de la Mauritania desde la provincia de Yfriquia hasta Sugilmesa. Gente poderosa, acostumbrada á vagar por los desiertos sin pagar tributo á príncipe alguno ni obedecer ningunas leyes: ignorantes de la agricultura y comercio, dados solamente á la caza y ganadería, alimentándose con las frutas silvestres y la leche y miel de sus campos. Todos los veranos solian entrar algunos de ellos á apacentar sus rebaños en los fértiles prados de la Mauritania, volviéndose, llegado otoño, á su tierra. Pues acontecióles cierto verano que hallaron los pueblos desiertos, sin cultivo los campos, siendo guarida de fieras las casas de los antiguos habitadores. No acertaron los rudos Benimerines la causa de desolacion tan grande, puesto que no habia llegado á sus oidos la matanza de las Navas de Tolosa, donde habia perecido la flor de la gente mora, quedando en grandísima despoblacion y ruina toda su tierra; pero como vieron tan notables riquezas y comodidades abandonadas, parecióles bien establecerse allí, y enviaron á decir á sus hermanos que acudiesen á aprovechar el hallazgo. Y con efecto, vinieron turbas innumerables con sus camellos, jumentos y tiendas, y tranquilamente poblaron muchos lugares (1). La confu-

---

(1) De esta singular relacion del *Cartas* cuyo autor recibió fresca todavía la tradicion de las *Navas de Tolosa*, se deduce que ni el arzobispo D. Rodrigo, ni los demas escritores españoles, exageraron tampoco el estrago que se hizo en aquella ocasion en los musulmanes.

sion del imperio era tan grande á la sazon, que segun el precioso *Cartas*, tantas veces citado, el soberano no era ya reconocido en los campos, limitando su jurisdiccion y poder á las ciudades; hervian las tribus en discordia, no habia mas amistad en los pueblos, reputábase el menestral por tan alto como el noble, despojaba el fuerte al flaco, y cada cual ejecutaba cuanto pensaba sin temor ó respeto. Gobernaba á la sazon la cabila de los Benimerines, Abdelhacq, capitan valiente y astuto político, el cual, como viese tal ruina, determinó levantar sobre ella su imperio. Logrólo sin grande esfuerzo, venciendo fácilmente á los decaidos almohades en varios encuentros, y trayendo á su partido con rigor ó halagos á muchos de los antiguos habitantes. Y sucediéndole sus hijos Abú-Said, Abú-Moarraf y Abú-Yahya, prosiguieron unos tras otros la comenzada obra, asentando este último la silla de su imperio en Fez. Al fin vino Abú-Yusuf-Yacub, otro hermano de los anteriores, y en su tiempo rendida Marruecos, se pudo dar por definitivamente establecido el imperio de los Benimerines. De Yussuf cuentan los libros que era príncipe de gallarda presencia, y muy esforzado, al propio tiempo que cortés, humilde y generoso. Díjose de él que nunca fué contra ejército que no venciese ni contra pais que no subyugase. Vencidos los almohades, hubo todavía de sostener encarnizadas guerras contra un cierto Yagmorasan, llamado en nuestras crónicas Gomaranza, oriundo tambien de los de Zeneta, que se habia levantado con Tremecen, Sugilmesa y otros lugares, y pretendia tener su parte en la fácil presa que el Mogreb ofrecia. Despues de haberlo derrotado en campal pelea, Yusuf se concertó y ajustó paces con él para pasar á España, donde deseaba, como tantos otros conquistadores muslimes, ejercitar el valor y la fortuna. Pasó en diversas ocasiones, ora para combatir con los cristianos, ora para ayudar al rey Sábio contra su rebelde hijo; venció grandes batallas, tomó fortalezas y arrasó los campos y lugares cercanos de Córdoba y Sevilla. Mas no dilató por acá su imperio; antes bien, como se hubiesen levantado en Andalucía Ebn-Alahmar por rey de Granada y Ebn-Axquilola, por seño

de Guadix y de Málaga, procuró avenirlos y fortalecerlos, cediéndoles sus conquistas. Solo el odio á los cristianos, la sed de gloria, y mas tarde los tratos con el desventurado D. Alonso, movieron, pues, su brazo en España, si ya no es que sintiendo flaco al Islam y mirando tan acrecentados y pujantes á los contrarios, juzgase que para defender de ellos la costa de Africa valia mas levantar un estado independiente que no sojuzgar y mantener provincias del lado acá del Estrecho. Tal supuesto parece verosímil recordando que ya entonces los reyes de Castilla aprestaban armadas é intentaban empresas contra la costa africana: armadas no siempre vencidas, y empresas que podian traer algun dia fatales efectos á todo el Mogreb, aun dado que la primera que desembarcó en Salé, reinando ya Yussuf, tuviese infeliz resultado. Y á la verdad que, fuera obra de su sagacidad política ó fuéralo solamente de su templanza y escasas ambiciones, Yussuf prestó á la dinastía del Mogreb-al-aksa ó Marruecos, y aun á las de toda el Africa occidental un servicio grande y poco apreciado hasta ahora, con ayudar tanto á la fundacion y engrandecimiento del reino de Granada. Sin aquel valladar poderoso llegaran mucho antes los castellanos al estrecho gaditano, y pasándolo cuando no habian apartado aun sus ojos de la morisma, habrian subyugado quizás la Berbería entera.

Mas no olvidó Yussuf, por levantar el reino de Granada, cuanto podia importarle á su imperio el tener fácil entrada en la Península por si la ocasion requeria nuevas expediciones, y á este fin conservó debajo de su mano las plazas de Tarifa y Málaga, y otras que podian reputarse por llaves de España. A Málaga con su *Alcazaba* la poseia por cesion que de ella le hizo su señor Ebn-Axquilola; mas perdióla no mucho tiempo despues por artes de Alahamar, que con suma de dineros ganó al alcaide que la guardaba. Y cierto que el príncipe granadino no pudo llevar mas adelante su desagradecimiento porque ayudó tambien al rey de Castilla para que se apoderase de Tarifa, y suscitó contra Yussuf y su hijo, sus bienhechores y aliados, las iras de Yagmorasan,

aquel antiguo enemigo de los Benimerines. De esta suerte y poco á poco vinieron á perder los soberanos de Mogreb-al-aksa los últimos restos de su poderío en España; sucediéndoles en la contínua guerra contra los cristianos, y en la defensa de Islam por estas partes, la poderosa dinastía de los Alahmares, aquella que plantó los árboles de Generalife y levantó los palacios de la Alhambra.

Muerto en tanto Abú-Yusuf-Yacub tras un reinado glorioso y largo, le sucedió su hijo Abú-Yacub, el cual tuvo harto en que entender con las discordias civiles que se movieron en sus estados. Sin embargo, queriendo recobrar la *isla Verde* y Tarifa para cumplir los antiguos pensamientos de su padre, mandó á España un poderoso ejército, que puso cerco á la plaza. Defendióla Alonso Perez de Guzman el Bueno, de cuya firmeza y heróico sacrificio nada le queda por decir á la historia: suceso singular aun entre los mas famosos, y de aquellos que ennoblecen á una nacion entera. Ni en esta espedicion ni en otra que hizo en persona al Andalucía, logró el príncipe africano efecto importante; y así, apartando sus ojos en adelante de la tierra española, se consagró á afirmar su poder en Africa. Levantáronse contra él con diversos pretestos Omar y Abú-Amer, hijos de un deudo suyo por nombre Aben-Yahya; redújolos á su obediencia, y uno y otro venian á visitarle en Fez bajo seguro, cuando fueron salteados y muertos en el camino por su hijo mayor, llamado tambien Abú-Amer, y heredero de su trono. Tales títulos no libraron al hijo del merecido castigo: Abú-Yacub lo mandó desterrado á las montañas del Riff, donde estuvo hasta su muerte que aconteció antes de la del padre: rara virtud en tal siglo y entre gentes crueles. Continuando luego la guerra contra el hijo de Yagmorasen, familia tan enemiga de la suya, le venció y cercó en Tremecen, y allí le tuvo estrechado catorce años. Para mayor seguridad del sitio levantó Abú-Yacub una ciudad delante de la ciudad sitiada, á la cual puso Nueva-Tremecen por nombre, y edificó tambien un soberbio palacio, donde recibia las embajadas que de los pueblos mas lejanos venian á traerle tributos. Allí murió cier-

ta noche, mientras dormia, á manos de un eunuco llamado Lasaad, que lo atravesó por el vientre de una estocada. A lo último de su reinado los ingratos Alahmares, no contentos ya con los dominios de España, enviaron una espedicion al Africa que se apoderó de Ceuta.

Su nieto Abú-Tzabet, hijo del príncipe Amer, le sucedió en el trono. Este levantó el cerco, ajustando las paces con los de Tremecen, y cediéndoles los territorios conquistados, menos la nueva ciudad, que por los muchos tesoros empleados en ella se reservó para sí. Tambien Abú-Tzabet tuvo que refrenar á algunos descontentos, y murió cuando atendia á recuperar á Ceuta. Logrólo su hermano Suleiman, cuyo reinado, aparte de algunas rebeliones, no ofreció cosa importante. Osman ó Abú-Said, hijo de Yusuf y hermano de Abú-Yacub, sucedió en el trono. En tiempo de este príncipe escribió el sabio Abú-Mohamed-Assaleh su *Grande historia de Marruecos* y el compendio titulado *El Cartas*, que ha llegado hasta nosotros. Fielmente hemos seguido hasta aquí sus páginas, alumbrándonos su docta relacion para recorrer los laberintos y disipar las sombras que la historia del Mogreb-el-aksa ofrece á cada paso. En adelante las noticias escasean, falta la luz, el hilo se pierde, y apenas por estrecha senda llegamos á aproximarnos á la verdad. Todo es duda, confusion é ignorancia. Y es que el imperio aquel, apartado siempre en lo sucesivo de España y de Europa, vino luego á tanta decadencia y se sepultó en barbarie tan profunda, que apenas produjo mas historiadores ni sabios que pudieran trasmitir los hechos que vieron ó supieron á las generaciones futuras.

Parece que habiendo dado Abú-Said á su primogénito Omar el gobierno de algunas provincias del imperio, este se levantó contra él, y hubo entre padre é hijo grandes batallas. Llevaba Omar, como mas jóven y determinado, lo mejor de la contienda, y sin duda hubiera rendido al padre á no sobrevenirle la muerte cuando mas vida ofrecian sus cortos años. Asi pudo reinar tranquilamente Abú-Said hasta su fallecimiento. Abú-l-hacem, su hijo segundo, ocupó entonces el

trono de Marruecos; y como fuese hombre de no vulgar aliento, imaginó todavia pasar á Andalucia, y sujetarla de nuevo al dominio de su dinastía; pero no consiguió de su espedicion otro fruto que escarmentar á los africanos para que no pensasen mas en volver á España. Su hijo Abdelmelic, que pasó primero el mar, fué vencido y muerto cerca de Arcos; y él en persona con el rey de Granada, su aliado entonces, fué vencido por D. Alonso el onceno en la famosa batalla del rio Salado, junto á Tarifa, y en las playas mismas del Estrecho, sin poder dar un paso adelante. El africano desbaratado, huyó á Gibraltar, y de alli pasó á su tierra, donde solo encontró llantos y recriminaciones, de sus vasallos por la provocada desventura. El imperio de los reyes africanos en España habia caido por obra del tiempo, y era locura querer resucitarlo. Ya los príncipes cristianos eran harto poderosos para que las invasiones de los de Africa pudieran arrojarlos á las antiguas montañas; hallábanse fortificados los lugares y bien aparejada la defensa; ni era ocasion de contar como antes con el auxilio de los moros que poblaban la tierra, porque, sobre ser pocos y flacos, no solian preferir la vecindad ó dependencia de los africanos á la de los castellanos, mucho mas tratables que ellos. Vuelto, pues, á Marruecos Abú-l-hacem, encaminó sus ejércitos contra los estados de Tremecen, y luego contra los de Túnez; por manera que redujo á su obediencia todo el Mogreb-al-Aula ú Occidente de Africa. Mas pronto se le puso en contra la fortuna. Alzáronse contra él los pueblos reconquistados, y venciéndole en campo, le obligaron á huir con poco séquito; y entretanto su hijo Abú-Zayan, con ayuda y favor del rey de Castilla, se proclamó por soberano de Fez. Abú-l-hacem se sostuvo algun tiempo contra todos; pero al fin tuvo que huir á las montañas de Henteta, adonde murió de pesadumbre. El reinado de Abú-Zayan no ofrece cosa notable sino es el haber asesinado al rey de Granada traidoramente con una marlota emponzoñada que le envió de regalo; y muerto, sus deudos llenaron el Mogreb de guerras civiles. Si Abú-Becr triunfó, no fué sino para disfru-

tar poquísimo tiempo del trono. Despojóle de él un cierto Ybrahim, deudo suyo, con ayuda de los árabes españoles; pero este mismo fué depuesto por otro usurpador á quien llamaban Mahomad-Abú-Zeyan. Al fin, entre tantas usurpaciones, hubo un hijo que sucediera â su padre, el cual fué Muley-Said, hijo de Abú-Zeyan, príncipe por cierto de poco valor y menos fortuna. Perdióse en su tiempo Ceuta que fué asaltada y tomada por los portugueses, con lo cual, rabiosos sus vasallos, le mataron á puñaladas. Y sobreviniendo dos hermanos de Muley-Said que pretendian á un tiempo el trono, hubo entre ellos muy porfiadas contiendas, hasta que los muslimes convinieron en poner sobre el trono á un hijo del último principe y de una cristiana española, nombrado Abdelhacq, con lo cual los tios abandonaron sus pretensiones y hubo paz por algun tiempo. Logró este príncipe una señalada victoria contra los portugueses, que, estimulados por la toma de Ceuta, con menos poder que atrevimiento, habian desembarcado de nuevo en la tierra de Africa y sitiaban á Tánger. Pero al fin Abdelacq fué asesinado, como tantos otros, en su palacio, y roto ya los frenos de la obediencia, menospreciada la autoridad de los príncipes, desatadas las pasiones de la muchedumbre, y confundidas y revueltas todas las cosas, cayó con él la dinastía de las Benimerinas, y el Mogreb-al-acsa quedó entregado á la mas espantosa y destructora anarquía.

A todo esto los reyes de Granada habian acabado de apoderarse de las pequeñas plazas mauritanas que aun conservaban los africanos en España, hasta el punto de no dejarles una sola almena, y un cierto Abú-Fáres, señor de Túnez, habia sujetado á su obediencia no pocas provincias y ciudades pertenecientes al reino de Fez. Tan miserahle espectáculo ofrecian por dentro y por fuera las cosas del imperio mauritano.

IX.

Abdelhacq, último soberano de la dinastía de los Benimerines, murió en Fez á manos de un personaje que se decia Xerife ó descendiente del Profeta, el cual se hizo saludar por rey, pero con harta desdicha. Aquí, allá y acullá se levantaron mil cabezas y señoríos diversos, que ora se contenian en los límites de una sola provincia, ora en el recinto estrecho de una ciudad, los cuales hacian la paz ó la guerra sin otra voluntad que la suya, conquistaban las ajenas tierras ó cedian las propias, y no reconocian vasallage ni en muchas ocasiones pagaban á nadie tributos. De estos, que se alzaron por independientes, fué Seid-Watás, tambien de los zenetes y del propio pueblo de los Benimerines, alcaide por ellos de la fortaleza de Arzila; y como allegase bajo sus banderas no escaso número de soldados, sintiéndose poderoso, determinó marchar contra el Xerife, y venciéndole, ocupar el imperio. No le favoreció á los principios la fortuna, porque de una parte el Xerife derrotó su campo junto á Mequinez, y de otra el rey de Portugal D. Alonso cercó durante una de sus ausencias la ciudad de Arzila, y la ganó con sus mujeres, sus hijos y los tesoros que allí guardaba. Debia ser Seid-Watas de no vulgar aliento, cuando no lograron abatirle tales contratiempos. Lejos de eso, levanta el cerco de Fez, que á la sazon mantenia, corre á los muros de Arzila, compónese con los portugueses viendo que recobrar la plaza no era posible, vuelve al cerco que habian dejado, estrechalo, vence al fin, obligando al Xerife á huir, y corónase allí por rey. Con su valor y fortuna logró este príncipe poner bajo sus manos las provincias de Fez, y fundó allí la dinastía de los Beni-Wataces, que duró ochenta años, y no contó mas que tres verdaderos reyes, que fueron el citado Seid-Watas, su hijo Mohammed y su nieto Ahmed, que á manos de otros Xerifes perdió luego la corona y la vida. Entre tanto en Marruecos, en Sugilmesa, en Sus y en otras provincias,

reinaban familias y dinastías que aun andan desconocidas. Solo se sabe que en Marruecos, rival hasta entonces de Fez, y córte tambien de los antiguos reyes, imperaba al tiempo de la aparicion de los Xerifes un africano del linaje de Henteta, por nombre Muley Nasser Buxentuf, el cual poseia la ciudad y algunos pueblos pequeños de la comarca.

X.

Entretanto los mauritanos, que habian renunciado ya á invadir la península española, eran atacados en su propio territorio, y con creciente ardor, por los españoles. Luis del Mármol refiere, tomándolo de los historiadores africanos, que en 1263 envió D. Alonso de Castilla una armada contra Salé, abrigo ya de piratas berberiscos, la cual lomó y destruyó la ciudad fácilmente; pero sobreviniendo de improviso el primero de los Benimerines Abú Yussuf ó Jacub, tuvo, como queda dicho, infeliz resultado la espedicion castellana, quedando muertos ó cautivos muchos de los que la componian, y teniendo que reembarcarse precipitadamente el resto para España. Mas afortunada fué otra espedicion que, segun el propio Luis del Mármol, hizo por los años de 1400, reinando D. Enrique III, la armada de Castilla. Tetuan, ciudad antigua que habia formado parte del imperio romano y godo, estaba muy poblada á la sazon por causa de los navíos de corsarios que se armaban en la desembocadura del rio Cuz ó Martin que la baña, y de allí salian luego á correr y robar la costa de Europa. Padecian mas que otras ningunas, como era natural, las de España, y una armada de Castilla acabó con tales piraterías entrando en el rio, cautivando á casi todos los moradores de la ciudad y destruyéndola de manera que estuvo despoblada noventa años (1). Luego al fin las reliquias de los godos

---

(1) Véase el libro 4.º del segundo volúmen de la Descripcion general de Africa. — De nuestros historiadores solo en Gil Gonzalez Dávila en su *Historia de Enrique III*, cap, 62, he hallado noticia de esta toma de Tetuan; pero evidentemente copiada de Mármol.

vencidos en Guadalete y refugiados en las montañas de Aragon y de Asturias, acabaron la laboriosa obra de ocho siglos, espulsando á los muslimes de la península. Ya hacia bastante tiempo que Portugal no tenia moros fronterizos cuando con la conquista de Granada dejó tambien de tenerlos Castilla, algunos años antes de terminar el siglo XV. Fijáronse al principio las miradas de las dos naciones peninsulares en Africa. En 1496 el duque de Medinasidonia tomó posesion de Melilla, que abandonaron los moros al divisar su escuadra; y poco despues Gonzalo Mariño de Ribera, alcaide por el duque de aquella plaza, se apoderó en la misma costa del lugar de Cazaza, cinco leguas distante. Las fustas de Velez de la Gomera hacian, por el propio tiempo, mucho daño en la costa de Granada como lo tenian de costumbre. Salió el conde Pedro Navarro, general de nuestra armada en su alcance: ganó algunas fustas, dió caza y corrió á las demas hasta llegar á la isla que está en frente de Velez, acogida ordinaria de corsarios. La fortaleza de aquella isla que llamaban el Peñon, estaba guardada por doscientos moros, los cuales por entender que el conde queria saltar en tierra y combatir á Velez, la desampararon. Vista esta ocasion, Pedro Navarro se apoderó sin dificultad del castillo desde donde azotaron los castellanos con su artillería á los moros que habitaban la ciudad (1) hasta obligarles á entrar en conciertos, y que les facilitasen cuanto necesitaban. Opusiéronse á los proyectos del católico los reyes de Portugal, que miraban con temor y celos nuestro engrandecimiento por aquella costa, y en el ínterin como no tenian otras empresas vecinas de sus Estados, consiguieron mucho mayores frutos que los monarcas españoles, ayudándoles estos generosamente, á pesar de los celos, en algunas ocasiones, como cuando Pedro Navarro impidió con su armada que tomasen los moros á Arcila. Tal vez los portugueses habrian hecho en Africa lo que hicieron del lado allá los vándalos y ben-umeyas; y en la parte de acá los almora-

(1) Mariana.—Libro 29.

vides y almohades, que fué juntar bajo un propio cetro entrambas orillas del Estrecho, si al cabo el descubrimiento de las Indias occidentales no encaminase á otro fin su esfuerzo y fortuna, apartándolos de Fez que podian considerar como reino propio. Ya queda dicho que ganaron á Ceuta, y sin gran dificultad por cierto, porque arruinadas sus fortificaciones fué casi abandonada, como Melilla, por los moros apenas divisaron la armada que gobernaba el rey D. Juan I con sus hijos los infantes D. Duarte, D. Pedro y D. Enrique; y los soldados portugueses entraron revueltos en la ciudad con los pocos que habian pretendido impedir el desembarco. Menos fortuna tuvieron, como ya hemos indicado tambien, las armas portuguesas en Tánger, en cuya plaza desembarcaron con catorce mil hombres los infantes D. Enrique y D. Fernando, reinando ya D. Duarte su hermano. Acudió una turba innumerable de moros á libertar la plaza sitiada, y estrechados los portugueses entre los muros de esta y el ejército de socorro tuvieron que capitular y reembarcarse, dejando al infante D. Fernando en rehenes de que se devolveria la plaza de Ceuta. Negáronse los portugueses á ratificar aquella capitulacion desdichada; y al morir el rey D. Duarte dejó aun en poder de los moros á su hermano, y tratado por ellos como esclavo. « Viéronle los suyos, dice Fária y Sousa, cargado de hierros » ser mozo de caballos: y viéronle muerto, colgado de una al» mena de los muros de Fez. » Tocóle la venganza de tanto desastre á D. Alonso V, aquel desgraciado pretendiente de Castilla vencido por los reyes Católicos, y en su tiempo se hicieron los portugueses temibles en Africa. Con doscientos bajeles y grande ejército de desembarco, amenazó este príncipe á Tánger y fué á caer sobre Alcázar-el-Zaguer, puerto importante y próximo á Tánger, que tomó por asalto, sin que Muley Xeque que rejia en Fez, pudiera recobrarlo en dos asedios, antes bien en una salida fué muy maltratada de los portugueses su gente. Tras esto embistió con diez mil hombres á Anafe ó Anafa, ciudad sobre el Atlántico, y la quemó, saqueó, y dejó desmantelada. Continuando sus empresas por aquella

costa desembarcó con treinta mil hombres en Arzila, y tambien la tomó por asalto, con estrago tan grande de los moros y tal terror en Africa, que Tánger abrió sus puertas á los portugueses apenas se presentaron otra vez delante de sus muros, abandonada por toda la gente de armas. Desde entonces ya no halló valladar la potencia portuguesa en muchos años. Rindiéronse á sus armas la plaza importante de Azamor, que conquistó D. Jaime, duque de Braganza, con un ejército de diez y seis mil peones y mil doscientas lanzas, y luego Mazagan, y Saffi, mas que por fuerza de armas por astucia y tratos con los naturales; y ademas grandes territorios y multitud de pequeños lugares y fortalezas, y no pocos reyezuelos y xeques moros de los que gobernaban como independientes, se hicieron sus tributarios. Para tales empresas y conquistas llegaron á contar los portugueses no solo con su poder, sino mas todavía con la ayuda y favor de los mismos moros que en número de diez y seis mil ginetes y doscientos mil soldados de á pié los servian y fieramente peleaban contra sus propios hermanos: tan grande era la discordia que favorecia entonces en Mauritania los progresos de las armas cristianas. Un cierto Yahya, natural de Saffi, era el caudillo de los moros sometidos, el cual se pasó á los portugueses por odio á los suyos, y tomando partido con ellos, llegó á merecer con sus fidelidad y valor que el rey D. Manuel I, que á la sazon regia á Portugal, le nombrase por capitan general de sus ejércitos. Y bien puede ser esta una muestra mas de cuán divididos anduviesen entonces los ánimos de los africanos, y cuán oportuna ocasion se desperdició entonces de reducir todo el Mogreb al cristianismo, y á la obediencia de los reyes de España. Lográbanse como era natural con gran facilidad las conquistas. Luis del Mármol afirma que el conde de Alcoutin D. Pedro de Meneses, llegó á dominar la costa entre Ceuta y Tetuan de tal suerte, con salidas y correrías, que esta ciudad, que acababan de reedificar los moros fujitivos de Granada, volvió á quedarse casi desierta. De este conde de Alcoutin dice en su *Epitome* Faria y Sousa: «que gobernaba en Ceuta y que con

»ciento y cuarenta lanzas, sin perder una dejó tendidos en la »playa africana doscientas, embistiendo un ejército de diez mil »hombres con que corrian la campaña los hermanos del rey de »Fez.» El almocaden Diego Lopez con veinte lanzas portuguesas y cuatrocientos moros tributarios volando por todo el campo llamó con sus armas á las puertas de Marruecos; y hubo ademas un D. Alonso de Noroña que tomó muchos aduares grandes; un D. Juan Coutiño, general de Arzila, que derrotó un ejército de Fez, y otros muchos capitanes portugueses que llevaron á cabo empresas dignas de eterna memoria. Tal vez la Providencia no depare una ocasion tan oportuna como fué aquella para asentar en Africa el dominio europeo.

XI.

Al cabo volvió á reconstituirse el imperio mauritano, bajo el gobierno de los Xerifes. Dió fundamento á esta dinastía el fanatismo religioso, que ha movido allí cuantas hayan acontecido desde la irrupcion de los árabes: los principios fueron pequeños, y como suele suceder, no dejaban esperar tales resultas. Corrian los primeros años del siglo XVI, cuando comenzó á tener nombre en Numidia un Mohammed-ben-Ahmed, que por nombre se hacia llamar el Xerife Huseini, y decia ser sucesor de Mahoma (1). De su orígen nada se sabe de seguro, aunque hay quien le haga descendiente de aquel otro Xerife que dió muerte al postrer soberano de los Benimerines. Lo que de cierto se dice es que era hombre muy astuto y leido en las ciencias naturales, y sobre todo, gran mágico. Tenia tres hijos, Abdelquebir, Ahmed y Mohammed ó Mahomad, y des-

(1) Sigo en los hechos y aun en algunas frases á Luis del Mármol Carvajal, en su obra ya varias veces citada, cuyo título es: *Primera parte de la descripcion general de Africa, con todos los sucesos de guerras que ha habido entre los infieles y el pueblo cristiano, y entre ellos mismos desde que Mahoma inventó su secta hasta el año del Señor mil y quinientos y setenta uno.* Primero y segundo volúmen.

pues de comunicarles sus artes, mandólos ir á la Meca porque ganasen reputacion de santidad y doctrina. Los cuales de vuelta al Mogreb-alacsa, solian entrar en las ciudades voceando y diciendo solamente: ¡Allah! ¡Allah! y no querian comer sino lo que les daban de limosna. Con esto maravillados los moradores, iban detras de ellos en grandes turbas y los veneraban por santos. Asi anduvieron por varias partes hasta llegar los dos menores á Fez, donde el uno de ellos, haciendo oposicion á cierta cátedra de aquellas escuelas, la ganó, y el otro fué recibido con gran contento por preceptor y ayo de los hijos del príncipe Mohammed, segundo de los del linage de Beni-Wataz. Largo tiempo se mantuvieron allí, extendiendo su fama y ganando prosélitos y discípulos, sin dejar de comunicarse con el viejo Xerife y el mayor hermano, que le asistia: los cuales, sin salir de Numidia, llevaban el hilo de la trama y acechaban la ocasion oportuna de obrar. Dióla sobrada la escasa prevision del rey de Fez; porque habiendo puesto en los hijos del Xerife gran confianza, les dió libertad para traer atabal y bandera, y predicar la guerra santa contra cristianos. Luego comenzaron á formar escuadrones de á pié y de á caballo; armáronlos, adiestráronlos, y los pusieron en aparato de guerra. Lo que faltaba era ocasion de ejercitarlos en ella y de ganar, con la militar honra, mas fama de santidad y mayor estimacion del pueblo. Logróseles aun esta ocasion, y fácilmente. Ya hemos dicho que desde el tiempo de la caida de los Benimerines el Mogreb-alacsa estaba en completa anarquía; poseyendo los Beni-Watares de Fez ciertos territorios, otros mas extendidos los monarcas portugueses, no pocos los señores de Marruecos, y algunos los xeques de Sus, Suljimesa y demas provincias del imperio. Pues los hijos del Xerife, llegándose al inadvertido Mohamad-Watas, le ofrecieron ir á sujetar á aquellos rebeldes, y castigarlos por el tributo que la mayor parte pagaban á los portugueses, arrojando luego á estos de las importantes plazas y anchos territorios que poseian, con tal que los nombrase á ellos por sus alcaides de guerra y los abasteciese de armas y otros menesteres; y aun en

esto consintió de buena voluntad el de Fez, que fué poner el imperio en mano de los astutos hermanos. Marcharon primero á la provincia de Sus, siguiéndoles numerosa hueste, que cada dia se acrecentaba con los celosos muslimes que la fama de su virtud atraia; y vencieron á los primeros xeques que osaron ponerles resistencia. Avisaron luego al padre y al mayor hermano, los cuales acudieron al punto, tomando el primero el gobierno de la guerra; impusieron por tributo el diezmo de los frutos, y rigorosamente lo cobraban de los pueblos que recorrian; allegaron tesoros, juntaron el miedo de sus armas al amor de su nombre, ganaron unas fortalezas, levantaron otras, hicieron grandes correrías y rebatos en tierra de cristianos, y de esta suerte se contaron al poco tiempo por tan poderosos, que no temieron ya declarar sus altos intentos y el punto adonde se encaminaban sus empresas. Comenzaron por destronar al Xeque ó soberano de Marruecos, que no menos imprevisor que el de Fez se mostrara. Con capa de religion, y fingiéndose grandes amigos suyos, lograron introducirse en la ciudad, y despues que hubieron ganado allí parciales, apostando en las cercanías gente armada que los socorriese en todo trance, le atosigaron un dia al volver de la caza con ciertos panecillos por ellos mismos aderezados: asi cuenta el suceso nuestro Mármol Carvajal, aunque no falta quien lo refiere de diverso modo (1). Muerto el Xeque, se alzaron sus parciales de dentro de la plaza, llegaron los que fuera aguardaban, y tomando la Alcazaba y demas fortalezas, fueron proclamados los Xerifes por señores de Marruecos.

Alarmóse, como era natural, el de Fez con tales nuevas; pero los astutos Xerifes le contestaron enviándole cuantiosos regalos y ofreciéndole que le pagarian el propio tributo que de los antiguos Xeques recibia. Mas ello era ganar tiempo y apercibirse á nuevas empresas, puesto que no tardaron

(1) Véase Diego de Torres. Relacion del origen y sucesos de los Xerifes, y del estado de los reinos de Fez y Marruecos y Tarudante, y los demas que tienen ocupados. 1585.

en negarle todo tributo y obediencia. En esto muerto el primer Xerife y el mayor de sus hijos, aquel por la edad tan larga, y este en un combate contra el portugués Lope Barriga, capitan del campo de Saffi y hombre de los mas temidos que hubo en Africa, quedaron solo en el ganado imperio los otros dos Xerifes, llamándose rey de Sus el menor, y rey el mayor de Marruecos y Tarudante. No pudo sufrir mas el Beniwatas Ahmed ó Hamet, que habia sido discípulo del menor Xerife; y aunque esta consideracion le mantuvo algun tiempo en respeto, rompiendo al fin por todo, como quien tan amenazada veia su corona, marchó contra los usurpadores al frente de copioso ejército. Encerróse el mayor Xerife dentro de Marruecos, viniendo luego el menor en su socorro, y allí los cercó el de Fez, peleándose bravamente por ambas partes con rebatos y asaltos. Mas como aconteciese por aquellos dias un levantamiento en Fez, promovido por uno de sus hermanos llamado Múley Mesaud ó Mesud que pretendia el imperio, Hamet hubo de volver allá precipitadamente, levantando el cerco. Su presencia restableció al punto la paz en Fez, y juntando nueva y mas poderosa hueste, volvió contra los Xerifes. Ya en esta ocasion no quisieron los belicosos hermanos aguardarle en reparos, sino que saliéndole al paso, sentaron su campo orillas del rio Guadelabid, en cierto lugar llamado Bab-Cuba. Allí se dió una grande y porfiada batalla, donde el poder de Fez fué destruido, y los Xerifes alcanzaron con la victoria riquísimos despojos y fama de invencibles. Peleó bravamente en esta jornada por los de Fez el destronado rey Boabdil, á quien llamaban en Africa el Zogoibi, que quiere decir tanto como desdichado, y peleando murió como bueno: triste fortuna la de aquel hombre, que vino á morir en defensa de reino ageno, cuando no lo habia osado defendiendo el suyo propio. Tras estos sucesos, viéndose ya sin freno ni temor, los Xerifes señorearon casi todas las provincias del Mogreb-alacsa, rindiendo aun Tafilete. Y revolviéndose luego sobre los portugueses, abandonados por su auxiliares moros, reducidos ya á sus propias fuerzas, y dedi-

cados enteramente en tiempo de D. Juan III á las cosas de las Indias, cobraron á Aguer ó Santa Cruz, una de las mas importantes plazas que poseyeron los cristianos en Africa; y dieron tales embestidas y asaltos á otras, como Saffi y Azanor, que al fin hubieron de ser abandonadas por sus presidios y moradores. Mancha indeleble, segun el historiador Faria y Souza, para el rey D. Juan III, aunque sus ministros se disculpaban con la dificultad de sustentar tanto imperio.

Llegados á tal punto de grandeza, nació de repente la discordia y ardió la guerra entre los Xerifes. Habian pactado los dos hermanos, en tiempo del padre, que el uno sucederia al otro, y muertos ellos, entraria á gobernar el imperio el mayor de los hijos varones que quedasen; y el menor Xerife, que era quien tenia el mayor hijo, reclamó del hermano que en vida se aviniese á declararlo por su heredero. Pero el Xerife mayor, no solo no lo consintió, sino que aun se resistia á mirar á su hermano como rey, no queriendo que sonara sino por su visir ó lugarteniente, y exigiendo de él que le diese mucha parte de los despojos que habia ganado en la guella, por juzgarse señor de todas las cosas del imperio. Era el menor Xerife mas astuto y sabio que el otro, y viéndole tan sin razon, determinó proceder con gran moderacion en el caso, á fin de traer á sí el amor y respeto de los muslimes. Hablóse largo de avenencia pero en vano; y llevadas las cosas á punto de guerra, hubo entre los hermanos dos recias batallas, ganadas entrambas por el menor, quedando prisionero en la segunda el mayor Xerife, y Marruecos en poder del vencedor. Desterrados el Xerife mayor y su primogénito Muley-Cidan, príncipe esforzado que habia servido bien á su padre en aquella guerra, quedó el Xerife Mahomad por único señor del imperio, y antes que por ambicioso, tenido de todos por justo: tanto pudo su hipocresía. Luego determinó este acabar con los Beni-Watases de Fez, so color de vengar la afrenta que le habian hecho con favorecer á su hermano, pero con designio de desapoderar al infeliz discípulo del resto miserable de su grandeza. Juntó el de Fez todas las fuerzas que pudo

para oponérsele, descollando entre los mas valerosos de su campo un cierto Buazon, deudo suyo, y denominado rey de Velez, cuya fama fué luego grande como veremos. La batalla se dió al pasar un vado del rio de los Negros, y con poquísima pérdida de ambas partes, quedó vencedor el Xerife y desbaratados y fugitivos los contrarios. Buazon, despues de hacer cuanto de un buen capitan podia esperse, logró recogerse en Fez con los restos del ejército; pero Admed Beni-Watas y su hijo Abu-Becr, segun Mármol, cayeron en poder del Xerife, herido el primero y harto cansado de la pelea. Notable entrevista aquella de maestro y discípulo tras tantos años y tan diversos trances de fortuna. Cuéntase que asi como se halló el Xerife delante del otro, le dijo estas palabras: «Hamet-Watas, la ira de Dios ha caido sobre tí, y él ha permitido esta tu »prision por lo mucho que le has ofendido en consentir tantos »pecados públicos al pueblo de Fez, donde con mas razon que »en otro cabo habia de ser venerado Allah y nuestro Mahoma. »Mas ten buen ánimo, y no creas que porque quisiste favore»cer á mi hermano y sus hijos contra mí te he de hacer mal. »En poder estás de hombre mahometano y no de cristianos, »donde pudieras tener menos esperanza de tu salud; y si tú »eres cuerdo, no dudes de volver á tu reino.» Y el desventurado Watas, alzando la cabeza como mejor pudo, puesto que estuviese grandemente fatigado de las heridas, le respondió de esta suerte: «Lo que está escrito en la frente de los hom»bres se ha de cumplir. No son todas veces los reyes parte »para desarraigar de su pueblo los miserables usos en que es»tán endurecidos por larga costumbre, ni debieras tener esa »por bastante causa para tomar las armas contra mí, que no se »hallará haberte hecho injuria; antes en tiempo en que la for»tuna no se os habia mostrado tan favorable á tí y á tu herma»no, os hice todo buen tratamiento en Fez, y no pedisteis co»sa que no os fuese concedida por mi padre y por mi. Quizá »fué escrito juicio de Dios, habiendo de venir á este tiempo, »en que pudiesen aprovechar los muchos y grandes beneficios »qne habeis recibido de nuestra casa, los cuales plegue á Alá

»sean parte para aplacar tu saña, puesto que resentimiento de »mí no debieras tener; que yo te ayudara á tí como á él, si en »tales infelicidades te viera.» Mientras esto pasaba en el campo, entrando Buazon en Fez, hubo de combatir las pretenciones injustas de un hermano del rey preso, que juzgaba pertenecerle el trono, alzando en él á Muley-el-Cacerir, hijo y legítimo sucesor; mas con tal condicion, que siempre que su padre viese, volviera á dejarle el reino sin contienda. Hecho esto, apercibieron los de dentro las cosas de la defensa; y recibiendo cartas del Xerife, donde decia que si le entregaban á Mequinez, pondria en libertad al rey preso, primero lo resistieron y obligaron al contrario á volverse con el cautivo á su corte; pero al fin vinieron en ello, y entregada aquella plaza, tornó á ocupar Admed-al-Watas el trono de Fez. Mas no fué por mucho tiempo, porque el Xerife, asi que cobró fuerzas y se apercibió de mas soldados y armas, volvió sobre Fez y la tuvo cercada dos años, poniéndola en gran aprieto y carestía, hasta que al fin, por tratos con los ciudadanos, entró una noche en la nueva Fez, y los de la ciudad vieja hubieron de rendirse al dia siguiente. Admed-al-Watas y su hijo Muley-Alcasseri, cayeron en manos del vencedor, quien los tuvo aherrojados por algun tiempo, hasta que á la postre, enojado porque Buazon hubiese vencido y matado en pelea á un hijo suyo, mandó degollarlos á entrambos: desapiadada accion, que los cielos castigaron como merecia. Buazon en tanto andaba libre y dando harto que hacer con sus armas al mortal enemigo de su casa. Habíase salido de Fez pocos dias antes de la rendicion, viendo que la debilidad y torpeza de los de adentro iban á franquear las puertas al sitiador, donde sin culpa suya padeceria como los otros. Pasó al pronto á sus estados de Velez de la Gomera, y desde alli pidió auxilio á España, ofreciendo devolver la fortaleza del Peñon, que habiamos perdido por locura ó simplicidad de su gobernador Villalobos, asesinado por unos moros que pretendian ser hechiceros, y que él admitió confiadamente en su compañía, con lo cual la escasa guarnicion se rindió á los

moros. Traslucieron los vecinos de Velez el intento de su señor Buazon, y fué tanta su ira, que el aventurero caudillo tuvo que huir refugiándose en España. Presentóse acá al archiduque Maximiliano, y no logrando nada de él, fué aun á verse en Alemania con el emperador Cárlos V; y sin alcanzar mejor éxito, se vino á Portugal, cuyo rey le dió algunas naves y un escuadron de quinientos portugueses. Con tales fuerzas volvió Buazon á Velez, y comenzó á allegar parciales y formar ejército con que embestir al Xerife. Pero en esto acertó á pasar por allí Salah Arrais ó Sala-Arraez, famoso turco que gobernaba en Argel y andaba pirateando con sus naves por el Mediterráneo, el cual, como viese delante de Velez naves de cristianos, embistió con ellas y las tomó, degollando al mayor número de los nuestros y cautivando á los otros, Buazon, que esto vió desde la playa, metióse en un ligero esquife, y llegando á la capitana de los turcos, pidió, rogó por la vida de los cristianos, esplicándole una vez y otra al capitan pirata que no eran venidos en son de guerra contra los muslimes, sino para ayudarle á él en sus justos propósitos. Mas nada pudo recabar de aquellos feroces enemigos del nombre cristiano; antes bien, afeándole Sala-Arraez el buscar tales alianzas, se dió á la vela con el despojo y cautivos. Buazon lleno de noble desesperacion, dispersó la hueste que tenia reunida, abandonó las cosas de su Estado, allegó el mayor tesoro que pudo, y caminó hácia Argel á procurar el rescate de los cautivos cristianos. Tanto hizo, que maravillado y compadecido Sala-Arraez, no solamente dió libertad á los cautivos, sino que le ofreció ponerle en el reino de los Beni-Watases y vengarle del Xerife. Reunióse en Argel numeroso campo para la empresa, y Buazon y Sala-Arraez marcharon con él hácia Fez, rompieron en batalla al Xerife, y se apoderaron de la ciudad. No bien logrado esto, Sala-Arraez iba á cumplir su promesa, cuando conjurados algunos de los émulos de Buazon, y calumniándole largamente, alcanzaron del turco que á él lo pusiese en prisiones y nombrase en su lugar por rey de Fez al príncipe Abú-Becr, hijo de Ahmed Watás, que habia

logrado escapar al degüello de los de su familia. Hubo en Fez el nuevo con este motivo grandísimo alboroto, porque todos querian por rey á Buazon, y tanto pudo la ira en los ciudadanos, que arremetiendo furiosamente á los turcos, pareció que era llegado el dia de su ruina en aquel lugar donde como tan amigos habian entrado. Traspasaron los turcos el prisionero Buazon á Fez el viejo, y enseñábanlo desde allí á los sublevados para que viesen que ningun mal le habian hecho; pero estos cada vez mas embravecidos, gritaban «¿para qué nos lo muestras? ¿Es espejo? Dánosle puesto en libertad.» Y hubo al fin que soltarlo y Sala-Arraez, mal de su grado, le proclamó por rey de Fez. Mas, hondamente ofendido el turco de tales hechos, escribió al Xerife diciéndole que bien podia venir cuando quisiese sobre Buazon, porque él no habia mas de ayudarle en cosa alguna; y alzando su campo se volvió á Argel. No se dejó esperar el Xerife, y acudiendo con grueso ejército contra el adversario, hubo entre los dos larga y porfiadísima batalla, que sin duda ganaran los de Fez á no haber la desdicha de que Buazon muriese en ella, ó bien llevado de su natural valor á lo recio de la pelea, ó bien asesinado por un confidente del Xerife que traidoramente se habia deslizado entre los suyos, como sienten otros. Despues de esta victoria Mahomad entró en Fez, y no hubo mas quien pudiera disputarle el imperio.

En medio de tales revueltas no habian estado ociosos el mayor Xerife y sus hijos. Muley-Cidan, el primogénito, estuvo en Fez ayudando á Ahmed-al-Watás contra su tio, cuando este tenia puesto cerco á la plaza. Mas tarde, cuando vino Buazon con ayuda de los turcos á recobrar sus estados, se alzó el Xerife Ahmed en Tafilete, y movió guerra por aquellos contornos á su hermano. Rindióle este al fin, y mandando matar á Muley-Cidan y otros de sus hijos mayores, á él con los demás le envió á Marruecos. Horrible condicion era la de aquel Xerife: tal, que con ser el hermano cruel, dejó mejor fama. Su codicia desenfrenada provocó la discordia: vencido la primera vez, faltó á la fé prometida, y desde el retiro que

el vencedor le concediera generosamente, uníase con sus mortales enemigos para acabar con él. Fué tan tirano que sus vasallos desearon mucho y prestaron fácil obediencia á Mohammed el Xerife, por salir de su poder; y aun los vecinos de Tafilete y de otros pueblos donde residió durante su destierro, se levantaron contra él, debiendo á los respetos del hermano que no le quitasen la vida. Mohammed era por su parte mas hipócrita y no tan riguroso, y poseia mucho mayor inteligencia y valor: hombre verdaderamente notable, y que á reinar en otra nacion fuera de los mas famosos del mundo. Ambos hermanos alcanzaron tan larga vida, que llenaron casi el espacio de un siglo con su nombre y sus sucesos; y el uno y el otro se llevaron pocos dias en la muerte, que fué tan desgraciada como los hechos del mejor y del peor merecian. Mohammed fué asesinado por los turcos de su guardia, capitaneados por un traidor, que para tal propósito habia venido desde Argel y ganado su compañía; y al saberse la muerte de este, temiendo Alí-Becr, alcaide de Marruecos y hombre muy adicto á la familia del menor Xerife, que el otro levantase alborotos y pretendiese de nuevo el trono, le mandó decapitar con todos sus hijos.



Años antes de morir estos xerifes dispuso el rey D. Felipe II, la recuperacion del Peñon de la Gomera, que era nido otra vez de piratas berberiscos. Ya en 1525, recien perdida la fortaleza, intentó en vano el marqués de Mondejar sorprenderla. No mas afortunado ahora D. Sancho de Leiva llegó á la costa africana y desembarcando tres mil hombres de su armada marchó por sierras ásperas á la ciudad de Velez de la Gomera; y rompiendo á los moros que se opusieron entró en ella y la saqueó, quemando la casa que allí tenia el famoso Sala-Arraez, la mezquita y un bajel que allí se labraba. Pero en tanto los moros se reunieron en buen número y acometiendo á la gente desmandada mataron á muchos, y persuadieron á D. Sancho de la imposibilidad de continuar con tan poca gente tan grande empresa de modo que, con las tinieblas de la noche, reembarcó sus tropas y dió la vela para

Málaga. Entonces mandó el rey católico que D. García de Toledo, duque de Fernandina, reuniese la armada del Mediterráneo, y repitiese el ataque. D. García con ciento treinta velas de guerra y transporte y trece mil infantes de desembarco, los nueve mil veteranos de Italia, y los otros bisoños, hizo nuevo desembarco en frente del Peñon y no lejos de la ciudad de Velez. Hallóse esta desierta, y no llegaron á mil los moros que parecieron por el campo. En seguida se plantó por la parte de tierra una batería de diez y ocho cañones que Juan Andrea Doria envió de la armada y además la artillería de campaña, dirijiendo estas operaciones el famoso Chapin Viteli. Con esto y el fuego de la armada la guarnicion se aterró y abrió las puertas de la pequeña fortaleza. Por este tiempo, y gobernando en Melilla Pedro Venegas de Córdoba, soldado de mucho valor, los *riffeños* asaltaron dos veces aquella plaza persuadidos de las pláticas de un *morabito* que les prometia el triunfo por arte de magia, y les aseguraba que no sufririan daño de las armas cristianas. Pedro Venegas los dejó entrar las dos veces por el foso hasta los rebellines y cargando luego sobre ellos, hizo horrible carniceria y muchos cautivos. (1) A la sazon Melilla pertenecia ya al rey católico por cesion que le hicieron los duques de Medina-Sidonia que la conquistaron. Pedro Venegas de Córdoba su gobernador por muchos años, reinando D. Felipe II, lo mismo que D. Alonso de Urrea que antes habia sido alcayde de aquella plaza, pelearon frecuentemente á campo raso con los moros de las cercanías y siempre con buena fortuna. No se empleó contra los marroquíes la gran potencia de Felipe II sino en estas ocasiones y en la fácil jornada que hizo el famoso marqués de Santa Cruz á Tetuan, corriendo el año de 1564. Al cabo de los noventa años, que estuvo deshabitada aquella ciudad de resultas de la invasion de la armada de Castilla, fué reedificada, como queda dicho, por los moros fugitivos de Granada.

(1) D. Felipe el Prudente. — Por D. Lorenzo Vander Hammen y Leon.

Era su caudillo un cierto Almandari que habia pasado allá con el destronado Abú-Abdallah ó Boabdil, el cual suplicó al rey de Fez que le dejase fortalecer y poblar de nuevo aquella ciudad, ofreciendo que desde allí haria guerra con su gente á los cristianos de Ceuta. Por lo pronto edificó un castillo con su cava, y allí se recojian él y cuatrocientos guerreros granadinos, de vuelta de sus espediciones al campo de Ceuta y aun al de Tánger. No tardó en armar tambien fustas en el rio con las cuales comenzó á azotar la costa de España. Luis del Mármol afirma que llegó á juntar este Almandari hasta tres mil cautivos cristianos con los cuales reedificó los muros de Tetuan y la ciudad misma. Muerto él, sus sucesores se destrozaro en contiendas, favorecidas por la anarquía general del imperio, y dieron lugar á que desde Ceuta los afligiese estremadamente D. Pedro de Meneses, segun queda atrás referido. Pero alentados de nuevo con la flojedad de los portugueses redoblaron sus hostilidades á punto, que de órden del rey D. Felipe fué allá D. Alvaro con doce galeras y cegó en pocas horas la barra del rio, echando en ella varias chalupas y dos bergantines cargados de peñascos de Gibraltar. Cuando acudieron los moros de Tetuan ya era tarde y hubo una corta refriega sin consecuencia.

Tras de los dos viejos xerifes ocupó en tanto el imperio Abdallah, hijo primogénito del xerife Mahomad y quedó asentada por algun tiempo la nueva dinastía. Duró diez y siete años el reinado de este príncipe que no ofrece en su vida cosa notable, si no son sus crueldades, porque entre otras cosas mandó matar á todos sus sobrinos á fin de asegurarse en el trono, de modo que sus mismos hermanos tuvieron que ausentarse del Mogreb por no ser víctimas de sus celos. Sitió á Mazagan que poseian los portugueses; mas hubo de retirarse sin efecto. Su hijo Mohamad, dicho el *Negro*, que le sucedió, ni mas humano ni mas valeroso que él, fué derrotado en tres batallas por su tio Abdemelic, á qnien ayudaban los turcos, y que llevaba consigo gran número de moros andaluces, de los expelidos por su rebelion de España, gente valerosa y veterana.

Mahomad vencido se vino á Portugal y pidió ayuda al rey don Sebastian, mozo de altos alientos y muy valeroso de su persona pero, como vamos á ver ahora, un tanto mprevisor y arrebatado.

Nació en el ánimo de D. Sebastian la idea de conquistar con aquella ocasion á Marruecos, y despreciando las súplicas de paz de Abdemelic, y desoyendo los consejos generosos del rey don Felipe de España y las observaciones del duque de Alba, que, como tan prudente, procuró con buenos términos apartarle de su propósito, pasó al Africa. El ejército aunque fuese bueno, no era bastante para tamaña empresa. Componíanle, segun Faria y Sousa, diez y ocho mil combatientes, tres mil castellanos aventureros, otros tantos tudescos, novecientos italianos, y portugueses el resto. La gente estranjera era veterana en su mayor parte, y los hidalgos y caballería portuguesa podian ponerse en parangon con los mejores soldados del mundo; pero su infantería, segun afirma el historiador Cabrera (1), dignísimo de crédito en todas las cosas de aquel tiempo, era en la mayor parte advenediza, «menestrales, cabreros y labradores, alistados por fuerza.» Antes de desembarcar en Africa recibió D. Sebastian nueva embajada de Abdelmelic, rogándole que desistiese de ayudar á su rival, y dejase en paz sus dominios, contribuyendo no poco á esta moderacion del africano Gaspar Corzo que estaba en Fez por el rey católico. Tomó tierra al fin D. Sebastian en la plaza portuguesa de Arcila con intento de atacar á Larache, cuatro leguas distant e, y se completó el ejército con la gente de frontera, en las fortalezas portuguesas, que fué de gran provecho por su valor en aquella desgraciada campaña. Estaba tan desvanecido el rey que Cristóbal de Tavora uno de sus mayores privados, escribió á un amigo «que los encomendase á Dios, que se hallaban en el »mas infeliz estado de la vida, pues el rey no admitia conse»jos.» Era Abdelmelic ó el *Moluco*, que asi le llaman nuestros

---

(1) Cabrera.—D. Felipe II rey de España, lib. 12.

historiadores, quien mas derecho tenia al trono segun el pacto de los xerifes por el cual debian suceder todos los hijos de un rey antes que sus nietos (1); hombre de ingenio además, y gran soldado. Refugiado en Oran habia mantenido con el rey católico inteligencias, y amistad que no se interrumpió nunca. Cansado sin embargo, de esperar auxilios de él para ocupar su trono se acogió al amparo de los turcos, y hallóse con ellos en varias batallas navales, y en la toma de la *Goleta* á los españoles. Tal era el enemigo con quien el inesperto D. Sebastian iba á medir sus fuerzas. Detúvose el ejército, sin causa, porque nada esperaba ya, diez y ocho dias en Arcila; y al fin marchó tierra adentro, en cortas jornadas. Los prácticos querian ir arrimados al mar, y apoyados en la armada, representando la falta de vituallas y de experiencia en los soldados; mas no los oyó el rey. Entretanto Abdelmelic habia reunido sus fuerzas, que eran superiores á las de los portugueses, aunque no llegasen, como estos aseguran, á ochenta mil hombres solo de caballería. Estaba el campo cristiano cerca de Alcázar-quivir entre el rio Mucacen, que ya habia pasado y el rio Lucus. No era posible fortificarse, y esperar el ataque porque solo llevaban víveres para cinco dias; ni retirarse con la artillería delante de un enemigo tan superior, sobre todo en caballos, y los mas expertos del ejército aconsejaron que se peleara en el trance en que ya estaban. Eran estos sin duda D. Alonso de Aguilar, que mandaba el tercio castellano, el capitan Fracisco Aldana que se presentó en el camino al rey con una carta del duque de Alba, los capitanes alemanes é italianos y el mismo xerife *Negro*; y ninguno de ellos fué oido para disponer la marcha y la batalla. Los capitanes portugueses, valerosísimos, eran todos bisoños, y el rey creia que bastaba para vencer el ardiente valor que lo animaba. Desaprovechóse la ocasion que ofreció la falta de Abdelmelic, que ó envenenado como dicen unos, ó atacado de enfermedad natural, como otros cuentan, apenas dispuso las cosas para la

---

(1) Herrera, lib. 1.º de la Historia general. Cap. XXII.

batalla comenzó á agonizar en su litera, y allí murió cuando mas empeñada se hallaba. Entró en esta el ejército moro formado en una ancha media luna para envolver á los portugueses por ambas alas; y el ejército portugués en estrecha y confusa disposicion, sin plan ni confianza. Vaciló, pues, la victoria algun tanto pero al fin se decidió por los infieles á pesar del valor de los soldados estranjeros y de los hidalgos portugueses que heróicamente pelearon y murieron, porque como dice Cabrera, «era infamia donde su rey quedaba muerto, quedar caballero vivo que pudiera referir la pérdida.» Fué muerto don Sebastian, al terminarse la batalla, y cuando ya estaba prisionero; murió D. Alonso de Aguilar, murió el valeroso capitan Aldana, murieron casi todos los caudillos portugueses y estranjeros, y el xerife *negro* se ahogó en la fuga. El general de la armada aunque oyó el fuego nada pudo hacer sino recoger los pocos fugitivos que llegaron hasta la costa. Así acabó aquella infeliz jornada, mas largamente descrita, por la importancia que tiene su memoria, de lo que en estos *Apuntes* se ha acostumbrado hasta ahora (1).

Sucedió á Abdelmelic su hermano Muley Ahmed, general de la caballería, en el mismo campo de batalla. El primer cuidado del nuevo príncipe fué pasar á Fez, y tomar triunfalmente posesion del trono, llevando el pellejo de su sobrino el *Negro* embutido en paja. Es singular que este rey lo mismo que su hermano, que debian sus triunfos en la mayor parte á la hueste de moriscos españoles que los servia, jamás quisiesen guerrear con Felipe II que los habia vencido y expulsado, y que implorasen su amistad constantemente: sin duda tenian formada alta idea de su poder y de su fortuna. Dió Muley

(1) La mas exacta relacion de esta batalla es la de *Franchi Conestaggio*, en la historia *Dell'unione del regno di Portogallo*, etc. Herrera copia de allí casi todas sus noticias. Se atribuye esta obra á don Juan de Silva, embajador español herido en la batalla. El *Epitome de la Vida y hechos de D. Sebastian* etc., de Juan de Baena Parada, que tambien he consultado, no ofrece curiosidad ninguna.

Ahmed libertad á D. Juan de Silva, embajador español que acompañaba á D. Sebastian, y envió el cuerpo de este á Ceuta. Luego en Fez llamó y mandó matar á algunos de lo principales alcaydes que conspiraban contra su persona; fiando las mayores cosas del gobierno, lo mismo que su hermano el Moluco, de un renegado portugués á quien llaman Reduan Elche nuestros historiadores. Desde Fez se fué á Marruecos y allí recibió con mucho amor al valeroso Pedro Venegas de Córdoba, embajador entonces del católico, el cual medió poderosamente para que se diera libertad á muchos prisioneros, entre otros al duque de Barcelos, heredero de los duques de Braganza, rivales del mismo Felipe II, y mas de su nieto á quien arrancaron por fin la corona portuguesa. Tuvo mucho influjo Pedro Venegas en Marruecos, y Muley Ahmed se avino á tratar bien á los cautivos cristianos, porque preferia á la alianza de los turcos sus antiguos amigos, la del rey católico, y contaba con el favor de los cristianos cautivos para defenderse de las insurrecciones de sus propios vasallos. Prudente y animoso Muley Ahmed, estendió en Africa su dominio hasta los desiertos de Sahara, conquistando en varias campañas á Tegmarin, Tuat, Tumbctu, Gago y Kukia, con otros puntos de la Nigricia, y llegó á las lindes mismas de Guinea. Hay quien considerando estas cosas señale su reinado como la *edad de oro* del imperio de Marruecos. No le faltó oposicion sin embargo. Un hermano del xerife negro, llamado Muley el Nazer, refugiado en España, desde la batalla de Alcázar, desembarcó en Melilla, é internándose en las montañas juntó crecida hueste con la cual osó marchar sobre Fez. A la vista de aquella ciudad se dió una batalla que duró un dia entero, entre Muley el Nazer y Muley-Xeque, hijo del xerife reinante; pero al fin siendo oportunamente reforzado este último, derrotó al primero y le obligó á refugiarse de nuevo en las montañas donde fué muerto por sus capitanes (1). Tenia repartido

(1) Véase la Cuarta parte, Lib. 4.º, cap. X, de la Historia pontifical.

el gobierno Muley Ahmed con sus tres hijos, mandando Muley-Xeque en la provincia de Fez, Abú-Fers en la de Sús y Muley Cidan en la de Tedla, mientras él permanecia en Marruecos. Segun refiere el docto Fr. Marcos de Guadalajara (1), por los años de 1598 tuvo allí conocimiento Muley Ahmed de que un ministro llamado Mustafá andaba pervirtiendo á su hijo primogénito Muley Xeque, príncipe algo vicioso y poco inclinado á las cosas públicas, por lo cual se dejaba llevar fácilmente de la voluntad agena. Conoció el sagaz monarca que convenia al reposo de sus Estados deshacerse de aquel ministro mal intencionado, y envió á Fez dos alcaydes de su confianza, uno de ellos el de los moriscos andaluces, para apoderarse de su persona. Entonces Muley-Xeque despechado lo mandó decapitar en su presencia, y envió en rehenes al rey su padre para que no desconfiase de su conducta á su madre Lela Zora y á sus propios hijos. Pero el padre no contento con eso le llamó á Marruecos; y él dándole aparentes escusas se previno de gente, y otras cosas necesarias para la guerra. Muley Ahmed al saber esto se puso en camino para Fez en compañía de Muley Cidan, dando en el ínterin á Abú-Fers el gobierno de Marruecos. Salió á las puertas de Fez Muley-Xeque con banderas desplegadas para resistir á su padre; pero al divisar los escuadrones de este se puso en vergonzosa fuga encerrándose con pocos soldados en una devota ermita, no muy lejana. Allí le alcanzó uno de los alcaydes de confianza de Ahmed, y á viva fuerza lo prendió y lo remitió con una leve herida á su padre. Este indignado por lo pronto, aunque humano, lo mandó encerrar en un baño de Mequinez, donde estuvo preso diez meses bajo la custodia de trescientos moriscos andaluces y un alcayde de la misma nacion. Era muy humano Muley Ahmed, y viendo que habia habido exageracion en lo que de sus propósitos se le dijo, ó llevado de su cariño que es lo mas cierto, envió por él al cabo, y le per-

(1) Lib. 5.°, cap. VII, de la quinta parte de la Historia pontifical.

donó diciendo delante de su corte y de su ejército al estrecharlo en sus brazos: «Hé aquí vuestro rey.» De esta suer te desvaneció el rumor que habia de que pensaba desheredarlo. Lejos de enternecerse Muley-Xeque con estas demostraciones se negó á entrar en Fez mientras el padre «no hiciese jus»ticia de los que habian sido causa de su discordia.» Ahmed, afligido le mandó volver á su encierro de Mequinez; pero de allí á poco Muley-Cidan, que pensaba suceder al padre, desconfiando de su fortaleza, y temiendo que volviera á reconciliarse con el hermano mayor, le dió de regalo un plato de higos emponzoñados, que le causaron la muerte. Así acabó corriendo el año de 1603, aquel buen príncipe, que gracias á sus conquistas tuvo mas tesoros que ninguno de sus predecesores: se cuenta que habia siempre á las puertas de su alcázar millares de hombres empleados en batir moneda: todo era fiestas y placeres, todo regocijo en su reinado. Los desconocidos soberanos del Africa central le pagaban tributo, y él mantenia embajadas y comunicaciones con muchos reinos de Europa. Era muy amigo de las ciencias y en especial de la astronomía. En todos conceptos, en fin, Muley-Ahmed merecia gobernar una nacion mas culta.

XII.

Siguióse á la muerte de Muley-Admed, ocurrida en 1603, un período de division casi constante en el imperio. No dejó detras de sí ningun pariente varon que pudiera disputar la corona á su descendencia, porque Muley Nazer, hermano del Xerife *negro* Muley Moahammed, murió, como queda dicho, despues de vencido; y el hijo de este, Muley Xeque, que habia acompañado tambien á D. Sebastian de Portugal en la triste jornada de Africa, aunque no se halló por dicha suya en la batalla por haberle enviado en tanto á la parte de Mazagan su padre, de vuelta á España abjuró la religion mahometana y se olvidó de su pais por completo. Este es aquel infante de Mar-

ruecos ó príncipe *Negro*, ahijado del príncipe que luego se llamó D. Felipe III, que fué conocido con el nombre de D. Felipe de Africa ó de Austria: diósele hábito y encomienda de Santiago con que viviese, y tratamiento de grande. Lope de Vega escribió en honra suya y del valeroso fin de D. Sebastian una comedia famosa; y, aunque mulato y moro, fué muy estimado aquel príncipe entre los caballeros de España, y él cumplió como bueno con su patria adoptiva muriendo en Flandes, donde pasó á servir en nuestro ejército (1). Tampoco dejó empeñada Muley Admed ninguna guerra estrangera, porque los bárbaros del centro del Africa estaban vencdos y sojuzgados, y despues de la victoria de Alcazarquivir, nada habia querido emprender contra los cristianos, ni siquiera la reconquista de las plazas portuguesas que muchos de sus alcaydes le proponian, creyéndola fácil despues del desastre ocurrido. Luego la corona portuguesa vino á poder del monarca español y con ella las plazas de Ceuta, Tanger y Mazagan, que aun poseian nuestros vecinos, porque Arcilla, abandonada ya hacia algunos años, y cobrada solo por D. Sebastian para hacer mas fácil la jornada, no se conservó despues. Muley Admed perseveró hasta el fin en la amistad de los españoles, y estos por su parte tampoco pensaron en turbar la felicidad de su reinado. Pero la paz interior y esterior que habia sabido conquistar y conservar Muley Admed, desapareció de repente á su muerte. Proclamóse el parricida Muley Cidan con gran pompa por soberano en Fez, y en seguida envió un renegado de confianza que le servia de barbero á Mequinez con gruesas sumas de dinero á fin de que sedujese á los alcaydes que guardaban en Mequinez á Muley Xeque, y entregasen al príncipe preso en sus manos. Respondieron al renegado los alcaydes que Muley Xeque «era su rey natural (2) despues de la muerte del padre, y ellos tan leales,

---

(1) Quintana.—De la antigüedad y grandeza de Madrid. Lib 3.º cap. 35.

(2) Tomo casi todas las noticias que siguen acerca del reinado de Muley Xeque de la *Quinta parte de la historia pontifical* del P. F. Mar-

»que por nada del mundo entregarian á su señor.» Al mismo tiempo los soldados marroquíes, acampados á las puertas de Fez, esperaron á que estas estuviesen cerradas, y se volvieron sin ser sentidos á sus casas. Parece, pues, que á pesar de la ley ó pacto de los Xerifes, y de los frecuentes cambios de sucesion que se ven en toda la historia del Mogreb-alacsa, la opinion y el sentimiento general reconocian de consuno el derecho de primogenitura y aun el de representacion, de suerte que no se tenia por legítimo mas que al hijo mayor del difunto monarca y su primer representante, aunque los tios y hermanos les usurpasen tan repetidamente el cetro. Mas por de pronto de nada sirvió á Muley Xeque su derecho y la fidelidad de sus alcaydes. Su hermano menor Abú-Fers lo sorprendió al tiempo de ponerse en salvo con algunos caballos, y lo volvió á tener cautivo y á la disposicion del usurpador Muley Cidan con quien estaba unido. Fortuna grande fué para Muley Xeque que no durase esta union mucho tiempo, y que el ambicioso Muley Cidan aspirase á despojar á Abú-Fers del gobierno de Tedla, porque éste, despechado, no solo le dió libertad sino que le ofreció ayudarle á recobrar la corona. Era Abú-Fers de ánimo tímido, y por lo mismo se encargó Muley Xeque del mando de las armas. Marchó este con cinco mil infantes y tres mil caballos en busca de Muley-Cidan, y encontrándose ambos hermanos á tres jornadas de Marruecos, orillas de un rio llamado Morchea, hubo una gran batalla en la cual no pocos alcaydes de Cidan se pasaron al Xeque, y aquél fué completamente vencido, aunque peleó con esfuerzo muy señalado. Huyó Muley Cidan del Mogreb y no paró hasta Turquía, y en el ínterin Abú-Fers urdió una conspiracion para volver á poner en prision al vencedor Muley Xeque. Pero este, avisado á tiempo, desamparó el ejército, se-

---

cos de Guadalajara y Xavier, el cual las habia ya publicado en un libro aparte titulado *Predicion y destierro de los moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote, con las disensiones de los hermanos Xerifes y presa en Berbería de la fuerza y puerto de Alarache.*